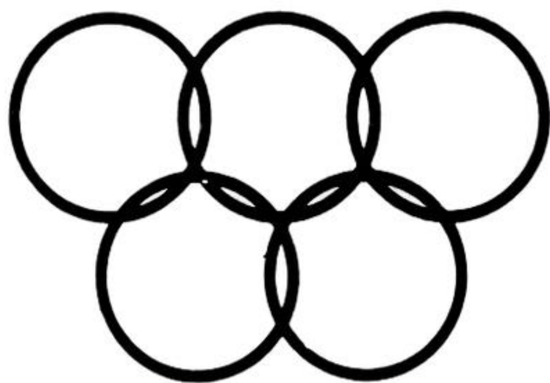


¡GANADOR!

Alex Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO



ALAN PARKER

¡ GANADOR !

Colección
DOBLE JUEGO n.º 42
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518 048-5
Depósito legal: B. 39 129-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero. 1983
2.ª edición en América: julio. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

PROLOGO

De puntillas, Catherine empezó a atravesar el amplio zaguán donde el calor era menos denso que en el exterior. Ya, nada más atravesar el umbral que daba al comedor, llegaron hasta ella los sonoros ronquidos de su padre.

Aquello hizo que la niña se sintiera más tranquila.

Sin embargo, repetía, cada tarde, a la hora de la siesta, su pequeña y emocionante aventura.

Antes de abandonar su habitación —la siesta era una obligación general que nadie en la casa podía eludir—, se asomó al cuarto de su hermana Dorothy, comprobando que estaba dormida. Lo hacía siempre, ya que si alguien le hubiese preguntado si temía más la cólera de su padre que la indiscreción de su hermana, Catherine no habría sabido qué responder.

Pensando en aquello, mientras se dirigía a la puerta de la calle, sin dejar de observar atentamente a su padre, la niña volvió a sentirse inmensamente desdichada.

Había oído ya, demasiadas veces, que se parecía a su madre, fallecida tres años antes. Y no es que le doliese aquella observación; muy al contrario, estaba plenamente orgullosa de parecerse, en todo, a la maravillosa mujer a la que había amado tanto y de la que tanto cariño había recibido.

Como todos los hombres rudos —y los criadores de caballos lo eran más que los demás, ganaderos inclusive—. Paul Moore había soñado, desde que contrajo matrimonio, con tener hijos varones.

El nacimiento de Dorothy torció por completo los deseos del hombre. Pero, como suele ocurrir muy a menudo, Paul Moore hizo cuanto pudo por convertir a su hija en lo más parecido a un muchacho.

Y lo consiguió.

Tuvo la ventaja, además, de que Dorothy hubiese heredado no solamente su carácter, sino también, en cierto modo, su físico. Era indudablemente una chica hermosa, y ya a sus trece años hacía que los hombres se volviesen a su paso.

Pero, indudablemente, su belleza, un tanto salvaje y no poco hombruno, contrastaba tremendamente con la delicadeza de Catherine, con su indudable feminidad y con aquella sensibilidad que tanto enfurecía a Paul.

Tras atravesar el umbral que daba al exterior, Catherine se encontró en la amplia plaza en cuyo centro se hallaba el picadero. Más allá, hacia su izquierda, se alzaban los corrales con los caballos salvajes que todavía no habían sido domados.

Y a la derecha, detrás del hermoso pozo de tipo español que se alzaba, con sus brazos de hierro forjado por los que se enroscaba, la hiedra, estaban las amplias y limpias caballerizas en las que Moore guardaba, como él decía, «sus tesoros de cuatro patas».

De allí habían salido los más famosos campeones de carreras de caballos de los Estados Unidos, y un par que habían alcanzado renombre mundial.

Desafiando el sol tremendo que caía, de plano, sobre el gran espacio abierto, la niña, acelerando el paso, se dirigió directamente hacia las cuadras.

El corazón le latía más intensamente que de costumbre.

Vio, a la sombra de un árbol, a los mozos mejicanos que, bajo sus amplios sombreros, dormían apaciblemente la siesta.

Todo, a aquella hora de fuerte canícula, se detenía en el rancho como si la vida se paralizase por entero. Incluso en los corrales, los broncos se amontonaban en las escasas zonas de sombra.

Cuando llegó a la puerta de las caballerizas, Catherine contuvo el aliento, empujando la pesada hoja que, impulsada con todo cuidado, gimió menos que de costumbre.

La niña penetró en el fresco ambiente interior.

Un intenso olor a paja seca, a estiércol y a sudor llegó hasta ella.

Torciendo hacia la derecha, siguió la larga hilera de «boxes», sin ni siquiera dirigir una sola mirada a los hermosos animales allí encerrados. Sus ojos estaban fijos en la última media puerta, en el «box» más alejado, ya junto a la pared de la cuadra.

La emoción le producía una intensa sensación de tristeza, mezclada con una angustia que parecía restar fuerzas a cada uno de sus gestos.

Cuando, finalmente, se detuvo ante la puerta del último «box», alzó la mirada, al tiempo que «Stella» alzaba su noble cabeza y miraba a la niña con aquellos grandes ojos repletos de luces profundas.

Catherine abrió la media puerta, penetrando en el interior del «box».

Sus pequeñas manos acariciaron el cuello negro de la yegua, de cortas, finas y sedosas crines.

—«Stella».

Moviendo acompasadamente la cabeza, «Stella» frotó su húmedo belfo contra el rostro de Catherine.

—No temas nada, pequeña —dijo la niña—. Yo conseguiré hablar y convencer a papá. Esta misma tarde hablaré con él...

No pudo la niña contener el llanto y, abrazada al cuello de la yegua, dejó que las lágrimas corriesen libremente por sus mejillas que habían palidecido intensamente.

* * *

Naturalmente, «Stella» no podía razonar como un ser humano. Pero los animales, y muy especialmente los caballos, poseen una percepción instintiva notable, asociada a una memoria verdaderamente prodigiosa.

Por eso, la yegua podía recordar sus tiempos de potranca, de los que sus ojos guardaban, como su fino olfato, imágenes asociadas a grandes extensiones que bordeaban el desierto, las verdes colinas que trepaban hacia los montes...

Sí, aún podía recordar con precisión la recia y dolorosa cuerda que enroscó su grácil cuello de potranca cuando consiguieron cazarla a lazo.

No pudo seguir al resto de la manada, cuyo jefe, un hermoso alazán, lanzó el relincho de aviso, emprendiendo un veloz galope, seguido por el resto de los animales.

«Stella» era demasiado joven para escapar a los jinetes que, manejando sus lazos, perseguían a la caballada. La potranca fue una de las primeras en ser cazada.

Luego habían ocurrido muchas cosas.

Creciendo, fue convirtiéndose en un hermoso animal, al que los hombres entrenaron a correr. Y un día, en un lugar hermoso, «Stella», piafando de impaciencia, se vio colocada junto a otros caballos, alzándose seguidamente las cintas.

La yegua salió disparada, viendo a otros animales que la precedían. Hasta que, mientras el jokey la golpeaba suavemente en las ancas, se lanzó impetuosamente hacia adelante, consiguiendo llegar la primera a la meta.

¿Cuántas veces, en los dos años de carreras, le colgaron el aro de flores alrededor del cuello?

No lo recordaba.

Pero sí recordaba aquella fatal caída. Y ahora, moviéndose penosamente en el «box», miraba tristemente su pata derecha tremendamente deformada, allí donde el hueso se había fracturado.

Y, sin saber exactamente por qué, la yegua sabía que jamás volvería a correr en aquel gran y hermoso espacio abierto del hipódromo...

* * *

—Lo que dices es completamente ridículo, Catherine —dijo Dorothy —. Y te prohíbo que molestes a papá por esas estupideces. Sabes muy bien que un caballo con una pata rota no puede seguir viviendo.

—Pero... ¡eso es horrible! «Stella» ha hecho ganar mucho dinero a papá.

—Y papá la ha cuidado como a una reina.

—Podrían dejarla en la cuadra. Yo me encargaría de cuidarla.

—¡Deja de mezclarte en esos asuntos, niña tonta! Más vale que te preocupes de ir mejor vestida. Cuando seamos un poco más mayores, harás

el ridículo en los bailes y fiestas. El otro día, papá me lo dijo.

—¿Qué te dijo? —preguntó la niña con un aire de desafío en el gesto.

—Que vas muy mal vestida. Y que no pareces ser su hija, ¿no te da vergüenza?

—No. Al contrario. Me gusta mucho mi forma de vestir. Y encuentro ridículo que a tu edad lleves siempre tacones altos y esas horribles minifaldas.

Dorothy se encogió de hombros.

—¡Eres tonta de capirote! Y no quiero hablar más contigo.

Una vez sola, Catherine, tras unos momentos de duda, fue en busca de su padre que se disponía a hacer la cotidiana visita a los corrales donde se iba a proceder a la doma de algunos broncos.

—¡Papá!

Paul se volvió frunciendo el ceño.

—¡Hola, Cathy! ¿Qué hay?

—Quería hablarte, padre.

El rostro del hombre se ensombreció bruscamente.

—Adivino de qué, hija. De «Stella», ¿verdad?

—Sí.

—Ya sabes que no me gusta que mis hijas se mezclen en los asuntos del rancho. Y menos aún cuando, como tú, te dejas arrastrar por una de esas ideas raras.

—Pero...

—Escucha, Cathy. Tú entiendes muy poco de caballos. Si crees que no me ha dolido lo que le ha ocurrido a esa yegua, te equivocas. Yo soy el primer interesado en que «Stella» siguiese el maravilloso camino de victorias que ha obtenido en estos dos últimos años.

—Lo sé, pero...

—Deja que siga. Cuando un caballo se destroza una pata, como le ha ocurrido a «Stella», no reacciona como una persona. En todo caballo de carreras hay... una especie de orgullo. Se saben perfectos y no pueden permitir que algo les impida correr como el viento. Se ponen tristes, ¿comprendes? Se deprimen y acaban enfermos, malhumorados, coléricos. A veces, se niegan a comer o se convierten en animales feroces, pateando y coceando a quién se les acerca.

—Yo cuidaría de ella.

—Tú tienes otras cosas que hacer, hija. Tu hermana tiene razón. Voy a decir a uno de los hombres que te lleve en coche a la ciudad. Recorre las tiendas de Warm Springs y compra lo que desees... si no lo tienen, que lo pidan a Reno o a Nueva York. Quiero que seas tan elegante como Dorothy.

Catherine contuvo con un esfuerzo las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

—Haré lo que tú digas, papá... pero no mates a esa hermosa yegua.

Un brillo acerado se pintó en los ojos de Paul Moore.

—¡Basta! Mañana por la mañana vendrá el veterinario. Una inyección... y en paz. ¡Y no hablemos una palabra más de ese asunto! ¡Hasta luego, hija!

Obediente, Catherine fue aquella misma tarde a Warm Springs, aunque ni siquiera hizo caso de lo que compraba. Pero, aquella noche, cuando todos dormían, salió silenciosamente de la casa, fue a la caballeriza, soltó a «Stella» y, acompañándola, mientras el animal cojeaba intensamente, la condujo hasta fuera de los límites del rancho.

—¡Vete, «Stella»! —le dijo con los ojos arrasados por las lágrimas—. ¡Huye! ¡Vete a las colinas y reúnete con tus hermanos, los caballos salvajes!

La yegua lanzó un sonoro relincho.

Luego, trotando de forma lastimosa, se alejó hacia las colinas de Monitor Ranger que se elevaban, dibujando su silueta, sobre el fondo del cielo estrellado.

CAPÍTULO PRIMERO

Pasaron cinco años...

Al pie de los Monitor Range se alzaba, como siempre, el rancho de los Kimbell, dedicados por entero a la cría de ganado vacuno, especialmente de vacas destinadas a la producción láctea.

No podía quejarse Robert Kimbell de la marcha de los negocios. En la última década había conseguido duplicar sus ganancias. Y la alta calidad de la leche que obtenía de sus vacas había ido dando a su nombre —«Kimbell-Milk»—, una fama merecida.

Aquella mañana, a bordo de su gran Ford-Station, Robert regresaba del aeródromo de la pequeña ciudad de Ely, a la que había ido a recoger a su hijo Luther, quien regresaba de Chicago donde había terminado sus estudios de ingeniero agropecuario.

Luther era casi tan alto como su padre, aunque menos fuerte y más esbelto. Tenía el cabello del mismo color pajizo que Robert, pero sus ojos eran oscuros, en vez de azulados como los del hombre.

Mientras seguían, a bastante velocidad, la carretera federal número 50, dirigiéndose hacia el Oeste, Robert escuchó de los labios del joven las últimas incidencias en la Escuela Agropecuaria de Chicago.

—Fueron unos exámenes terribles —sonrió Luther—. De no haber sido porque he pasado mi vida entre vacas, creo que me habrían suspendido.

—¿Qué te preguntaron?

—Lo que a todos. El tema del examen versaba sobre la influencia de la música en la producción de leche.

Robert lanzó una carcajada.

—¡No me digas! Esos «lechuguinos» del Este están locos como chivas...

—No lo creas, padre. En todos los establecimientos modernos, se han instalado altavoces que difunden una música agradable. Y se ha demostrado que ese procedimiento hace que las vacas produzcan más leche que si no oyen música.

—¡Increíble! Había leído algo en una revista de las que apenas hojeo, pero creí que el articulista se burlaba de los lectores.

—Pienso instalar algo así en nuestros establos.

Robert se encogió de hombros.

—¡Haz lo que quieras, hijo! Siempre que obtengas más leche y que no perdamos ni un ápice de calidad, si lo deseas puedes hacer que las vacas bailen el *rock-and-roll.*

Luther encendió un cigarrillo.

—¿Cómo van las cosas en el rancho, padre?

—No podemos quejarnos. Los hombres trabajan bien.

—¿Y Pancho? Debe de tener mi edad, ¿no?

—Así es. Se ha hecho un hombre. ¿Sabías que quiere ser veterinario?

—¿De veras?

—Sí. Estudia por correspondencia. Y recibe libros y lecciones, por correo, desde Carson City. Han fundado allí una Escuela de Veterinaria.

—Me alegro mucho por Pancho. ¿Y su padre?

—Pedro Gómez —sonrió Robert—, sigue siendo mi hombre de confianza. No creo que haya nadie que entienda tanto como él de ganado vacuno.

—Sí. Ese hombre vale lo que pesa en oro. ¿Se ha instalado algún otro ganadero en la región?

—¡No digas cosas como esas, hijo! No, no hay nadie más en toda la región. Solo sigue, como siempre, Paul Moore, en el Valle de Raleston, criando caballos de carreras...

—En Chicago, me enteré que no consigue tantos premios como antes.

—Es cierto. Hace años que no ha cosechado triunfos como cuando tenía aquella maravillosa yegua, «Stella». El pobre animal tropezó con un podenco que se cruzó en su camino. Fue horrible, ya que salió con una pata destrozada.

Y como Luther permaneciera en silencio:

—Estás pensando en las chicas de Moore, ¿no, perillán?

El joven sonrió.

—Has dado en el clavo, padre. Aunque el recuerdo que guardo de ellas es muy vago. Una chica elegante y un tanto tonta, la mayor de ellas, Dorothy... y una especie de diablillo, siempre con tejanos, la pequeña, Catherine.

—Ahora no las reconocerías. Son dos mujeres muy hermosas, y la pequeña Cathy ha dejado los tejanos para siempre. Ahora va tan elegantemente vestida como su hermana.

—Entonces, ha cambiado mucho. Y lo siento.

—Te comprendo. Pero has estado ausente mucho tiempo, hijo. Y no conoces a Paul Moore. Toda la vida ha sido un puñetero presumido.

—Eso ya lo sabía.

—Moore mira con desprecio a todos los que no se interesan por los caballos de carreras. Para él, nosotros apestamos a estiércol. Somos, sencillamente, gentuza. Y en cuanto a sus hijas, a las que durante tu ausencia envió a Inglaterra, ha querido convertirlas en dos señoritingas, esperando casarlas con alguien verdaderamente importante.

Luther torció el gesto.

—Lo siento por Catherine. La conocí cuando no éramos más que unos niños, y me pareció una chica inteligente y nada afectada por su belleza.

—Pues, lamentándolo mucho, he de comunicarte que se ha vuelto tan tonta y presumida como su hermana mayor.

Robert aminoró la marcha del Ford, ya que estaban llegando al desvío. Una vez allí, torció a la izquierda, tomando la carretera número 376 que iba a conducirles directamente al rancho.

* * *

Sin saber exactamente por qué, Pedro Gómez, tras haber encontrado al grupo de terneros que se había extraviado la víspera, confió los animales a los peones, prosiguiendo solo el descenso que llevaba a la «Big Smoke Valley» (El Valle del Gran Humo).

El calor de la tarde parecía arrastrarse perezosamente por el suelo. En lo alto del ruano, con un gran sombrero mejicano, del que nunca se había separado, era la viva estampa del hombre de su tierra.

Pedro era un hombre bajo, chaparro, de tez cetrina, cabellos negros, que empezaban a blanquear por las sienes, cejas hirsutas y, bajo ellas, ojos negros y brillantes como trozos de brasas.

Conocía aquella región del estado de Nevada como la palma de la mano. Y amaba a aquellas tierras, quizá porque, en cierto modo, le recordaba a Sonora, donde había nacido hacia 52 años.

De Sonora llegó, junto a su esposa María, ya muerta, llevando en brazos su mayor tesoro: un bebé de seis meses, su hijo Pancho. Cansado de ser humillado por un patrón tiránico, Pedro abandonó el trabajo, prefiriendo correr el albur en el país vecino que permanecer allí un solo minuto más.

Tuvo la gran suerte de tropezar con el señor Kimbell.

Atusándose el bigote, que también blanqueaba ya, el mejicano esbozó una sonrisa nacida de los muchos agradables recuerdos que guardaba en su memoria.

Y ahora, mientras dejaba que el ruano bajase a su guisa, sin tirar ni una sola vez de las riendas, Gómez se complacía en recordar una larga vida que ahora se veía coronada por un hijo que llenaba su viejo corazón de legítimo orgullo.

Recordó entonces que el patrón había ido a buscar a su propio hijo, y Pedro estuvo a punto de regresar inmediatamente al rancho, ya que sentía un gran aprecio por Luther quien, olvidando su pertenencia a una clase superior, había sido el compañero inseparable de Pancho desde que los dos dejaron de andar a gatas.

Sus ojos, entornados, escrutaron la floresta que cubría el valle.

¿No estaría equivocado?

Mientras recogían a los dispersados terneros, le había parecido oír un

relincho doloroso, procedente del valle. Un relincho que no podía haber sido emitido más que por un animal en una situación especial: una yegua a punto de parir.

Pedro sabía que los caballos salvajes que poblaban las colinas de aquella parte de Nevada, en las tres elevaciones que formaban las Monitor Range, las Toquima Ranger y las Toyabe Ranger, se complacían pasando mucho tiempo en el Valle del Gran Humo. Allí abundaban el pasto y el agua, y muchos viajeros, que atravesaban el valle por la carretera 376, se sorprendían agradablemente al ver salir de estampida a un grupo de bellos animales, a cuya cabeza iba, salvaje y desafiante, el jefe de la manada.

Como buen mejicano, Pedro amaba a los caballos.

No quería decir aquello que hubiese preferido trabajar en el rancho del señor Moore mejor que en el de Robert Kimbell. Había tenido tiempo, en los años que llevaba en Nevada, de oír demasiadas cosas desagradables del criador de caballos que, en cierto modo, le recordaba al fatídico señor Mendoza, el patrón del que siendo joven, se alejó como del mismísimo diablo.

Antes de penetrar de lleno en el valle, Gómez detuvo su cabalgadura. No debía hacer ruido alguno si deseaba descubrir el lugar desde donde había relinchado el animal.

No le faltaba paciencia.

Esperó, con los sentidos atentos, hasta que un nuevo relincho, extremadamente débil, llegó hasta él.

—¡Pobre bestia! —suspiró.

Desmontó, caminando hacia el lugar de donde había procedido el relincho.

Allí estaba la yegua.

Sola, bajo el cielo sin nubes. Una masa hinchada, con un vientre tan dilatado que parecía ir a estallar de un momento a otro.

Y sus ojos...

Sus grandes ojos tristes, repletos de una oscura amargura; algo que hizo comprender al mejicano que aquella pobre yegua sabía perfectamente que iba a morir sin poder dar vida a su hijo.

Fue entonces cuando se percató del horrible estado de una de las patas del animal. Una extremidad monstruosa, enorme, hinchada como si padeciera una elefantiasis, con nudos como los del tronco de un viejo árbol y grietas de las que escapaba un líquido ambarino que desprendía un hedor irresistible.

—¡Virgen de Guadalupe! —exclamó Pedro sinceramente aterrorizado—. Esta pobre yegua está podrida por dentro.

Y era cierto.

Se leía en los ojos del animal la lenta pero implacable cercana llegada

de la muerte.

—¡Dios! ¡Dios! —exclamó Gómez.

Miró a la yegua y comprendió que el animal, sabiendo que iba a morir, le estaba rogando que salvase al potranco que llevaba dentro.

Un enorme sentimiento de respeto inundó el corazón del viejo mejicano. Pero no le extrañó el sacrificio de aquella madre, que solo pensaba en salvar la vida de su hijo.

Un sudor frío se extendió por la piel curtida del rostro de Pedro. Reflexionó unos instantes, aunque desde el principio había tomado ya la terrible determinación de lo único que podía hacer.

Su mano derecha desenfundó el revólver, acercándose a la yegua.

—No te preocupes, pequeña... —dijo con voz sinceramente conmovida —. Pedro salvará al pequeño. Te lo prometo.

Apoyó el cañón del arma en la frente de la yegua y, tras un instante de vacilación, apretó decididamente el gatillo.

El disparo le ensordeció. Sin un gesto, la yegua se desplomó muerta, como una masa inerte.

Gómez dejó caer el revólver al suelo; su mano fue en busca del cuchillo y, arrodillándose ante la masa enorme del vientre mordiéndose nerviosamente los labios, hendió la piel distendida, abriendo el camino hacia el interior del cuerpo de la yegua.

Con el cuchillo en una mano, el mejicano manejó la otra, abriéndose ferozmente paso entre la masa intestinal, retirando las tripas, buscando afanosamente el útero del animal.

Y cortó, rasgó, sudando tinta, con los ojos desorbitados, los labios trémulos, murmurando de vez en cuando, con un fervor que le salía directamente del alma:

—¡Haz que llegue a tiempo, Señor!

Finalmente, rasgó la matriz, dejando al descubierto al potranco que yacía, envuelto en las sedosas capas que difuminaban su silueta.

Pedro volvió a rasgar y rasgar, hasta que sus manos, soltando ya el cuchillo, se apoderaron del potranco, sacándolo del seno materno.

Dejándolo cuidadosamente en el suelo, le frotó con las hierbas que tenía a mano. Y, finalmente, cuando el pequeño animal, empapado en los líquidos de su madre, se puso de rodillas, alzando su afilada cabeza hacia el hombre, Pedro, sin poder contenerse lanzó un suspiro de alivio.

—¡Gracias, Madrecita! —exclamó intensamente conmovido.

* * *

Siempre había dos cubiertos puestos en la mesa de Robert Kimbell: uno para Pedro y otro para su hijo, ya que consideraba a ambos, más que como a empleados, como a viejos amigos.

Tras haber saludado calurosamente a Luther, y ya en la sobremesa, Pedro explicó lo que le había ocurrido en Big Smoke Valley. Hizo un relato sucinto, claro y emocionado.

—Traje al potranco, envuelto en una manta, en el arzón de la silla —dijo luego—. Es un animal hermosísimo.

—Parece mentira —dijo Luther—, que esa pobre yegua, comida por la infección, haya conseguido sobrevivir.

—Era una madre de verdad —suspiró Pedro.

Y después de un silencio, dijo en voz apenas audible:

—La reconocí.

Robert frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir, Gómez?

—La reconocí, señor Kimbell. Usted también la hubiese reconocido. La hemos visto demasiadas veces en los periódicos, fotografiada... y en la televisión.

Una luz se encendió en las pupilas del dueño del rancho.

—¿No irás a decirme que se trata de...?

—De «Stella», amo.

—¡Cielos!

—Vi la marca de Moore en sus ancas y el número.

—Entonces, no la sacrificaron.

—Por lo visto, no. Quizá debió escapar. Y ha estado estos cinco años con alguna manada de caballos salvajes.

—Parece imposible.

Intervino Luther:

—Deberemos devolver el potranco, padre.

Robert no miró a su hijo; siguió con los ojos clavados en el rostro sombrío del viejo mejicano.

—Ya veremos —dijo finalmente—. Por el momento, cuidaremos de él.

Y sonrió, haciendo que Luther frunciese el ceño.

—¿No sería estupendo, Gómez? —preguntó Robert que no dejaba de mirar al mejicano.

Estaba visto que los dos hombres se entendían aunque no fuesen más que con medias palabras.

Los dos jóvenes se miraron, y Pancho se encogió de hombros, dirigiendo una sonrisa a Luther.

—Creo —siguió diciendo Robert—, que lo primero sería poner un nombre a ese potranco. ¿Qué os parece si le llamásemos «Winner»?

—¿«Ganador»? —inquirió Luther.

Fue Pedro quien contestó:

—Creo que a la pobre «Stella» le hubiera encantado ese nombre. Para una triunfadora como ella, nada más lógico que tener un hijo ganador.

* * *

Conduciendo el coche que su padre le había regalado por haber obtenido brillantes notas en Chicago, Luther Kimbell penetró en Carson City, procedente de la carretera número 50.

Hacía tiempo que no había estado en aquella ciudad, y admiró, mientras daba una vuelta por ella, la magnífica estructura del Art Center, prometiéndose pasar por allí, más tarde, para visitarlo. Pero ahora tenía otras cosas que hacer.

Había convencido a su padre para que le permitiera instalar una cadena de música en los establos y, acompañado por Pancho, su viejo amigo de la infancia, se dirigieron hacia uno de los mejores establecimientos en artículos de alta fidelidad.

Mientras un dependiente les mostraba los más recientes modelos, Pancho, sonriente, no dejaba de «pinchar» a su amigo.

—¿Crees que esto resultará, Luther?

—Ya lo verás, cabezota. Lo vi en Chicago. Según parece, es algo formidable, aunque se ha demostrado que lo mejor es poner un pequeño altavoz en cada «box».

Y mirando al dependiente:

—Necesitaré cuatro o cinco altavoces de cinco pulgadas.

El hombre abrió los ojos como platos.

—Si me permite que le aconseje —dijo meloso—, podríamos reducir notablemente el número de altavoces y sustituirlos por grupos de baffles.

Sin perder su seriedad, Luther se volvió hacia el mejicano.

—¿Oyes eso, Pancho? ¿Crees verdaderamente que las va cas apreciarán la diferencia?

—¿Las vacas? —no pudo por menos de inquirir el estupefacto empleado.

—Sí, amigo mío. No nos proponemos abrir una nueva discoteca, sino, sencillamente, poner música en unos establos. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente, señor. Voy a mostrarle unos catálogos...

Acababa de alejarse el dependiente cuando Pancho dio un codazo a su amigo.

—¡Fíjate en quién está entrando!

Luther se volvió.

—Dos chicas preciosas —dijo—. ¿Las conoces?

—Igual que tú, estúpido: son las hermanas Moore.

—¡Oh, no!

—¿A qué viene esa exclamación quejumbrosa?

—Me refería a la pequeña.

—¿A Catherine?

—Sí... ¡cielos! ¿Qué han hecho con ella? ¡La han convertido en una

estúpida muñeca de la misma clase que su hermana mayor.

—Es la enfermedad de las personas importantes, amigo.

—Voy a ver...

—¡Espera! —exclamó Pancho intentando vanamente coger al otro por el brazo.

Pero Luther se dirigía ya al pasillo por el que avanzaban las dos muchachas. Al llegar a su altura, se llevó la diestra al borde del sombrero de ala ancha.

—Encantado de volver a verte, Cathy... —dijo al tiempo que sonreía.

Dorothy, que iba delante, se volvió velozmente, examinando de pies a cabeza al intruso. Sus ojos estaban llenos de desprecio.

—¿Quién es este peón, hermana? ¿Lo hemos visto en alguna parte?

Catherine hacía esfuerzos por recordar. Al ver que no acertaba, y sin hacer caso de la frase insultante de la otra, Luther dijo:

—Soy Luther Kimbell. ¿Te acuerdas de mí?

Durante unos instantes, la faz inexpresiva de la muchacha pareció iluminarse. Casi estuvo a punto de decir algo, pero la enguantada mano de su hermana aprisionó fuertemente su muñeca.

—Vamos, querida. ¿Es que no te das cuenta que apesta a vaca?

Y arrastró a su hermana. Las dos jóvenes se alejaron velozmente hacia el interior del establecimiento.

Luther, con un suspiro, regresó al lado de Pancho quien había visto y oído todo.

—Dura de roer, ¿eh? —inquirió el mejicano—. Asómate un poco y verás el Cadillac que las ha traído aquí. Y el chófer negro... ¿Sabes cómo las llaman en la región? Las Princesas de la Herradura.

—Cathy quería decirme algo.

—¡Olvídala, muchacho! Yo no quiero meterme en tus asuntos, pero preferiría tener media docena de víboras en casa antes que una muñeca como esas.

—Ella no es así...

—Querrás decir que no «era» así. Al lado de Dorothy, un conejo terminaría por convertirse en pantera.

—Iba a decirle que hemos encontrado a su potranco —suspiró Luther.

Pancho le miró fijamente.

—Hubieses hecho muy mal, amigo. Está más claro que el agua que tu padre desea criar a ese animal. Le dijo al mío que fuera con unos peones para enterrar los restos de la yegua. Yo que tú, no diría nada a nadie.

—La yegua les pertenecía.

—Iban a sacrificarla, Luther. Tú no estabas aquí, pero todo el mundo habló de ello. El viejo Moore estaba rabioso contra el animal que le había proporcionado tanta fama y dinero. Yo no sé lo que pasó con «Stella», pero

hay algo que comprendo muy bien: esa yegua ha vivido cinco años lejos del rancho, junto a los caballos salvajes. Ya no pertenecía a nadie, a menos que la cazasen de nuevo. ¿Lo entiendes?

—Creo que tienes razón.

—Anda. Vamos a comprar lo que quieres y nos largamos. Y olvida a Catherine Moore. Es lo mejor que puedes hacer.

CAPÍTULO II

Bajo los vigilantes ojos del mayordomo, las camareras sirvieron la cena. El amplio comedor estaba profusamente iluminado, como en los grandes acontecimientos.

Y aquella noche era verdaderamente importante.

Todo el mundo vestía de etiqueta. Los tres hombres sentados a la mesa llevaban sendos *smokings*; en cuanto a las dos jóvenes, ambas iban vestidas de noche: Dorothy con un traje largo de color salmón y su hermana Catherine con uno lila.

Paul Moore, el anfitrión, alto y fuerte —se parecía mucho al artista de John Wayne—, se volvió ligeramente hacia el hombre que estaba sentado a su derecha.

—¿Qué le ha parecido el animal, Wilson?

Antes de contestar, Lionel W. Wilson se pasó la mano derecha por los cabellos blancos y rizados que cubrían su cabeza. Las luces del comedor hicieron refulgir en mil reflejos el enorme diamante que ornaba el anillo que llevaba en el dedo medio de la mano.

—Creo que es algo fuera de serie, Paul.

El hombre sentado a la izquierda de Moore, un hombre de unos cuarenta años, delgado, seco, con una nariz ganchuda y gruesos y sensuales labios, se atusó el fino bigote negro que dibujaba una raya oscura sobre su piel mate.

—Puedo decir que será mejor que «Stella».

Paul hizo una mueca.

—Preferiría que no se nombrase a ese animal en ninguna ocasión —dijo lanzando una rápida mirada hacia su hija menor—. Eso no cuenta ya: es agua pasada.

—Perdone, Paul —dijo rápidamente el de piel oscura.

—Volvamos a «Flash» —intervino de nuevo el de los cabellos blancos—. Es así como se llama, ¿verdad?

—Sí. Y el nombre le va como un guante.

—Creo que podríamos inscribirlo para dentro de dos meses, en el Premio Boston para caballos de cuatro años.

—¡Ganará! —exclamó Paul con visible entusiasmo.

—No en Boston —dijo Wilson.

Paul miró al hombre. Un penoso silencio cayó sobre todos los presentes.

—¿Has dicho que «Relámpago» no iba a ganar? ¿Estás loco? Tú mismo

has controlado su tiempo esta mañana y sabes que es el mejor caballo de los Estados Unidos.

—Sé que es el mejor caballo.

—¿Entonces?

—No puede ganar, al menos la primera vez. Entrará segundo, tras haber hecho la carrera en primer lugar.

Moore movió la cabeza negativamente.

—Ya sabes que no me gusta eso, Lionel. Me he pasado la vida entre caballos de carreras, y sé que una sucia maniobra por parte del *jockey* puede estropear a un animal para toda la vida. Cuando un caballo ha dejado atrás a todos sus oponentes, siente incluso más orgullo que el que lo monta. Y si en aquel momento, el *jockey* lo retiene, el animal no comprende y puede ocurrirle algo muy malo.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Wilson.

—No exageremos, Paul. Los caballos pueden ser criaturas inteligentes, de acuerdo... pero todo depende de la habilidad del *jockey*, de las relaciones que el jinete mantiene con su montura. También entiendo yo de eso. No lo olvides.

—Pero, ¿por qué hacer que pierda cuando puede obtener el primer premio y ganar 200.000 dólares?

—Porque vamos a sacar tres cuartos de millón.

Moore lanzó una rápida ojeada a Fred Hattaway.

—Comprendo —dijo con un suspiro—. Se trata de Las Vegas, ¿no?

—En efecto. Sabes que hemos trabajado muchos años pendientes de las apuestas del hipódromo. ¡Porquería! Incluso montando una red de apuestas en todo el país. ¡Miseria y compañía! Hasta que a Fred se le ha ocurrido lo del «open gamble».

—¿Juego abierto? ¿Qué significa eso?

Lionel no contestó. Miró, de reojo, a las dos hijas de Moore; luego, con voz untuosa:

—Ya lo verás, Paul, puesto que iba a proponerte ir a Las Vegas esta misma noche. He traído el helicóptero grande y cabremos todos en él, si es que las señoritas quieren venir con nosotros.

Paul miró a sus hijas y asintió con la cabeza.

—Me parece una idea espléndida. Podrán jugar y, si quieren, bailar un poco. ¿Qué os parece pequeñas?

—¡Una idea maravillosa, papá! —exclamó Dorothy con los ojos profusamente brillantes.

—¡Perfecto! Id a vestiros... y no olvidéis los visones. Todos los locales de Las Vegas están muy bien refrigerados.

* * *

Junto al purificador por el que pasaba la leche procedente de los ordeñadores mecánicos, Luther tomó las últimas notas, volviéndose luego hacia Pancho que estaba a su lado.

—¿Te das cuenta, mejicano testarudo? —inquirió—. Con la música, estamos obteniendo un doce por ciento más de producción.

—¡Nunca aprenderé a conocer a las vacas! —rio Pancho.

Abandonando la estancia, se dirigieron, atravesando las oficinas, hacia la salida del edificio.

—¿Qué has hecho durante estos tres días en que no se te ha visto el pelo, Pancho?

—No me he separado un solo momento de tu padre.

—¿Y...?

—Hemos estado probando a «Ganador».

Luther movió la cabeza de un lado para otro.

—No conozco a mí propio padre. Ni siquiera ha hecho caso de lo que he estado haciendo aquí en los últimos tres años. Cuando llegué de la Universidad, hace cuatro, todo era entusiasmo... pero después. ¡Es como si hubiese perdido el interés por las vacas!

—Confía plenamente en ti, Luther.

El joven se encogió de hombros.

—Todo lo que quieras, Pancho, pero ese caballo lo ha vuelto loco.

—No te extrañe. También me tiene «chalado» a mí.

Luther bajó la voz.

—He estado revisando las cuentas con el contable-jefe. ¿Sabes lo que mi padre lleva invertido en «Winner»?

—«Ganador» se lo devolverá con creces.

—¡Bah! Nunca he creído en las carreras de caballos. Demasiadas trampas y muy mala fe hacia los pobres animales.

—Porque los dueños de las cuadras no piensan más que en ganar dinero. ¡Están podridos hasta los huesos! Como ese idiota de Moore.

—No sigo en absoluto ese deporte, si así se le puede llamar, pero he leído en los periódicos y visto en la televisión que posee el mejor caballo de los USA.

—Así es. Aunque no termino de entender a ese magnífico animal. De diez veces, gana siete u ocho. Y pienso que debería ganar siempre.

—Eso es imposible. Un caballo no es una máquina de acumular premios.

—Ese animal, sí. «Relámpago» es algo extraordinario. Ya sabes que hemos ido, tu padre y yo, a verle correr en media docena de ocasiones. ¡Es una bestia portentosa!

—¿Le has visto perder alguna vez?

—Una. Y me extrañó. Iba el primero, con más de seis cuerpos de

ventaja. E, inexplicablemente, en los últimos quinientos metros, dejó que le adelantara el que iba en segundo lugar.

—¿Crees que hicieron trampa?

—No lo sé. Pero tu padre y yo estamos muertos de impaciencia por verle correr al mismo tiempo que a nuestro «Ganador».

—Os llevaréis una desilusión.

—¿Tú crees? Yo, no. Ni siquiera te has molestado en verle entrenar una sola vez.

—Me interesan más las vacas, amigo.

—También a mí, pero lo cortés no quita lo valiente.

—No vas a convencerme. Y hablando de otra cosa: ¿sabes que apenas si hemos salido del rancho en estos últimos tres años y pico?

—Yo he salido más que tú. Gracias a tu padre, por supuesto.

—Voy a tomarme una semana de vacaciones.

—¿Y adonde piensas ir?

—Quisiera que vinieras conmigo.

—Eso depende del jefazo.

—Hablaré con mi padre. Tenía la idea de pasar una semana en Las Vegas.

El rostro del mejicano expresó claramente su asombro.

—¿Cómo? ¿Criticas a tu padre y a sus gastos con el caballo... y tú quieres jugarte el dinero en aquellos casinos? No lo entiendo, de veras.

Cogiendo por el brazo a su amigo, Luther se lo llevó a un rincón del amplio patio que se extendía delante de los edificios de la empresa.

—No me gusta jugar.

—¿Entonces?

—¿Puedo confiar en ti?

—Bien sabes que sí.

—Las revistas dicen que ellas pasan mucho tiempo en Las Vegas. Según los periodistas, Moore se ha convertido en uno de los dueños del Casino Royal y del hotel del mismo nombre.

—Lo encuentro completamente natural. Ya me extrañaba que dos muñecas de esa clase se pasaran la vida en un agujero como Warm Springs. No era su sitio, desde luego...

—Te rogaría que cuando hables de «muñecas», no pluralices, Pancho.

—Perdona, pero no sabía que te había dado tan fuerte.

Después de todo, llevas un montón de años sin ver a esa muchacha.

—Estudiamos juntos en la escuela de Warm Springs.

—Lo sé, pero de eso, y perdona, hace ya un milenio. La Catherine que tú conociste ha dejado de existir.

—No lo creo.

—¡Los hay optimistas!

—Bueno... dejemos eso. Ya veo que no nos entenderíamos nunca. ¿Quieres acompañarme, sí o no?

—Ya te he dicho que ha de ser tu padre quien decida.

—Hablaré con él.

* * *

Catherine alzó la mirada, siguiendo con visible interés los armónicos pasos de la modelo que parecía deslizarse sobre la larga pasarela.

La voz del presentador llegó hasta ella como viniendo de muy lejos.

—Traje de noche «Espoir», de Chistian Dior, en lamé verde con capa de armiño aplicable a conveniencia...

—Esos franceses son únicos —dijo Charles Bebler, que estaba sentado a su lado—. ¿No es cierto, Cathy?

—Es una verdadera maravilla...

—Ocho de los grandes tienen la culpa —sonrió Charles—. Eso es lo que vale.

—Ocho mil dólares es mucho dinero.

—¡No digas eso!

Charles Bebler era el director técnico de la «sala especial de juegos» del Royal. Hacía un año que ocupaba su puesto, y un año que hacía una corte exhaustiva a la muchacha.

Iba Catherine a decir algo, cuando una voz aguda se elevó en la sala.

—¡Mío!

—¡Maldita sea! —refunfuñó Charles—. Ya se nos ha adelantado tu hermana.

Una misteriosa sonrisa se dibujó en los labios de Catherine.

«Me alegro —pensó con los ojos entornados—. Me alegro... pero, ¿qué ha ocurrido conmigo, Señor? ¿Qué estoy haciendo aquí?»

Nadie como ella sabía todo lo que había sufrido en los últimos años.

¡Bien sabía Dios que lo había intentado todo para complacer a su padre! Pero era inútil. El vacío que la rodeaba le hacía muchísimo daño. No entendía, en modo alguno, aquella estúpida existencia dedicada al ocio y a la diversión.

Nadie, no obstante, que mientras todos suponían que descansaba en su cuarto, al que llegaba de costumbre a altas horas de la madrugada, que dedicaba una gran parte del tiempo al estudio.

Desde muy pequeña, en la minúsculo escuela de Warm Springs, había soñado con ser maestra.

¿Qué habría sido de su vida sin aquellos libros que ocultaba cuidadosamente en el fondo del armario de su habitación?

Desde que su padre se había convertido en el copropietario del Royal, el más fastuoso local de Las Vegas. Paul Moore no iba al rancho más que

una vez al mes.

Había confiado la instalación completa de la cría de caballos a un especialista, llegado de Tejas, un tal Harry Wimber, un hombre capaz y que cuidaba del negocio como si fuese de su propiedad.

Catherine añoraba el rancho.

Y los caballos.

Se ahogaba en aquella ciudad ficticia, alzada en medio del desierto, un mundo artificial que relucía por las noches con sus miles de neons de todos los colores...

Pero, ¿qué hacer?

Sabía que no podía sincerarse con su padre, quien veía con muy buenos ojos la presencia de Charles al lado de su hija menor. Por otra parte, Paul estaba absorbido por los negocios, apasionado por los beneficios que obtenía con la «sala especial» en la que se practicaba el terrible «juego abierto».

Un abismo infranqueable se había abierto entre padre e hija. Desde aquel momento, tantos años antes, en que Catherine se atrevió a contrariar a Paul, poniendo en libertad a «Stella».

* * *

Dos «guardias», vistiendo el uniforme verde oscuro del Royal, vigilaban estrechamente el acceso a la «sala especial».

Cada invitado debía llevar una tarjeta especial que llevaba la firma personal de Charles Bebler. La selección era cuidadosa, y antes de entregar una de aquellas tarjetas, se investigaba a fondo la personalidad del solicitante.

Porque, sencillamente, el *open gamble* estaba rigurosamente prohibido por la legislación de los Estados Unidos.

Aquella noche, una docena de importantes hombres de negocios, dueños de empresas y capitanes de industria, todos ellos multimillonarios, penetraron silenciosamente en la sala especial.

No era muy tarde, ya que la diferencia de hora no permitía que el juego se llevara a cabo a altas horas, debiendo coincidir con la trasmisión, por canal especial, de la carrera de caballos que iba a celebrarse en el Race Center de Chicago.

Desde su sitial, situado en un lugar elevado. Charles Bebler, que vestía un impecable *smoking,* vigilaba atentamente a los que iban llegando y que recibían encantadoras y hermosas muchachas, las «acomodadoras» y que desaparecían antes de que se iniciase el juego.

Cada «invitado» poseía un cómodo sillón con un tablero ante él, en el que pulsaba una serie de botones cuando deseaba apostar por un caballo.

Además de aparecer cada apuesta en el tablero luminoso situado a la

derecha de la sala, se registraba la cantidad y el número del caballo, evitando así los errores y que alguno de los apostadores «se echase atrás».

Cuando cada uno ocupó su asiento, solo quedaron tres camareros a los que también se llamaba pulsando un botón, de forma que los ilustres clientes pudieran beber o tomar algún tentempié durante el juego.

Apenas se cerraron las puertas —ya no se permitía entrar a nadie más —, unas finas cortinas de raso se deslizaron, dejando ver la pantalla gigantesca de un proyector de televisión especialmente concebido y construido para el Royal.

Fue en aquel momento cuando, por una pequeña puerta, entró Fred Hattaway, quien se dirigió directamente al lugar prominente que Charles ocupaba.

—¿Cómo pintan hoy las cosas? —preguntó Fred.

—De color de rosa —sonrió Bebler—. Hay aquí, reunidos, más millones que en los presupuestos del Estado de muchos países europeos.

—¿Cuántas carreras hay hoy?

—Cinco, en importancia creciente. La tres y la cinco son las fundamentales para nosotros. En la tres, corre «Lay Foster», la yegua que compramos el año pasado.

—¿Y en la quinta?

—«Relámpago».

—¿Oponentes?

—En la tercera, un caballo de tres años y medio. «Turkey», una verdadera fiera.

—¿Controlada?

Charles sonrió.

—¡Naturalmente! El *jockey* es de los nuestros, aunque el dueño del caballo lo ignora.

—¿Y con quién ha de vérselas «Flash»?

—Con «Moro», un magnífico animal que pertenece a Culliwan, ese millonario fantasioso que posee una de las mejores cuadras del país.

—¿El *jockey*?

—También de los nuestros, señor Hattaway.

Fred sonrió.

—Da gusto jugar con las cartas marcadas. Charly.

—¿Quién se ocupa hoy de las trasmisiones?

—Peter, como siempre.

—Oí que estaba enfermo.

La sonrisa se acentuó en los labios de Fred.

—Su enfermedad es la de siempre; dejó seis de los grandes en la mesa de *bacará.* Pero anoche le dimos la medicina que necesitaba: le dejamos ganar un buen montón en la mesa del veintiuno.

—No me gusta que uno de los pivotes importantes del negocio sea un jugador empedernido... y un perdedor habitual.

El otro se encogió de hombros.

—Yo también lo lamento, pero Peter Fletcher es el mejor ingeniero de comunicaciones que hubiésemos podido encontrar. Y sin él, no nos marcharían tan bien las cosas.

CAPÍTULO III

—¡Esto es un manicomio!

—¿No habías estado nunca aquí, Pancho?

—¿Estás loco? Mi padre me hubiese matado a palos si se entera de que vengo a jugarme aquí un solo dólar. ¡Cuesta mucho sudor ganar el sustento, Luther!

—Es cierto.

—Mira a toda esta gente. Fíjate en sus ojos, en sus manos. Están enfermos, mi querido amigo.

—El juego es como una droga: una vez adquieres ese vicio, es casi imposible que te libres de él.

—A menos que te quedes sin dinero.

—Eso no importa. Pancho. Cuando alguien pierde todo lo que lleva encima, vende lo que sea, se empeña, cae en manos de los usureros... y si sigue perdiendo, se pega un tiro y en paz.

Luther sonrió, tras pronunciar aquellas palabras, y cogiendo al mejicano del brazo.

—De todas maneras —añadió—, creo que podríamos tentar un poco la suerte.

—¡No yo!

—Como quieras, pero estarás a mí lado. ¿Qué te parece la ruleta?

—Ni siquiera entiendo cómo funciona.

—Tampoco yo soy un técnico en la materia, pero jugaré un poco en espera de que...

Pancho le guiñó un ojo.

—No he visto a ninguna de las dos. ¿Estás seguro que este es el local de su padre?

—Es el Royal, seguro.

Pancho lanzó una admirativa mirada en derredor suyo.

—No han debido irle muy mal las cosas, al viejo Moore. Esto debe valer una fortuna.

—Y que lo digas.

—¡Mira! Hacia la puerta de la derecha. Acaban de entrar.

Luther siguió la mirada de su amigo.

En efecto, las dos hijas de Paul Moore estaban entrando en aquel momento en el salón de juego. A pesar de que todos los presentes estaban absortos en lo que apostaban, el paso de las dos muchachas despertó un cierto interés.

Ambas iban elegantísimas vestidas, pero mientras Dorothy exhibía un collar de zafiros, el largo cuello de Catherine, que parecía surgir de su vestido de fieltro negro, no se ornaba más que con una fina cadena de oro de la que pendía un minúsculo pero limpio diamante.

Mirando de reojo a su amigo, el mejicano esbozó una sonrisa.

—Te gusta, ¿eh? —inquirió.

—Es sencillamente adorable.

—Sí, desde luego. Aunque, al entrar, me han parecido muy semejantes, ahora me doy cuenta de que la menor se parece muy poco a la otra. Catherine tiene una gran clase.

—No comprendo cómo viste así.

—Se ha convertido en la hija de un millonario, no lo olvides, amigo. Y no le puede ocurrir nada peor a una persona cuando se le sube el dinero a la cabeza.

—No creo que le haya ocurrido eso a ella. Mírala bien, Pancho. Fíjate en sus ojos. ¿No te das cuentas de que tiene una mirada cargada de tristeza?

—¡Cuidado, Luther! Está mirando hacia aquí... y creo que nos ha visto.

En efecto, un corto instante, las miradas de los dos se cruzaron, y Luther creyó descubrir en los ojos de la muchacha una desesperada mirada, una llamada angustiosa. Asintió brevemente con la mirada, y ella volvió velozmente la cabeza, siguiendo a su hermana que la precedía entre las mesas de juego.

Los dos amigos se acercaron a la ruleta, pero Luther estaba visiblemente nervioso; por un lado, intentaba explicar a Pancho cómo se jugaba y, por otro, seguía con la mirada a las dos muchachas que se movían lejos de allí.

—¡Déjalo, Luther! —exclamó el mejicano sonriendo—. No se pueden hacer dos cosas a la vez...

Fue en aquel momento cuando Luther vio que Catherine se separaba de su hermana, dirigiéndose velozmente hacia una puerta situada al fondo de la sala.

—¡Juega al rojo! —le dijo a Pancho al que entregó las fichas que había adquirido en una de las ventanillas de cambio.

Y se alejó velozmente, en pos de la muchacha.

Pancho lanzó un suspiro.

—¡Está bien! —dijo volviéndose hacia la ruleta—. ¿Dónde está el rojo, amigo? —preguntó al *croupier*.

—Ahí, señor... ¡hagan juego, señores!

Pancho colocó las fichas.

—*«Rien ne va plus* —exclamó el *croupier*.

Y la ruleta empezó a girar, mientras que la bolita brincaba locamente sobre ella.

* * *

La trasmisión de la carrera empezó momentos después en la «sala especial».

Desde su sillón giratorio Charly vigilaba atentamente el cuadro luminoso en donde iban inscribiéndose las apuestas de los invitados a la sala.

La voz del locutor era la única que se oía en el silencio que reinaba allí. Una iluminación indirecta y sabiamente matizada permitía una visión perfecta de lo que iba ocurriendo en la gigantesca pantalla.

Bebler dejó pasar las dos primeras carreras, sin apenas prestar atención a los resultados.

Estaba plenamente orgulloso de su idea.

No fue una cosa que se le ocurriera de repente; la había madurado, estudiándola desde todos los puntos de vista, hasta perfeccionarla sin permitir que el menor error se produjera en su funcionamiento.

Aparentemente, proporcionaba a los apostantes lo que cualquier jugador del mundo desea con mayor ansia: poder apostar mientras la carrera tiene lugar.

Pudiéndolo hacer, la emoción se multiplica por mil, ya que es posible apostar sobre un caballo al que se ve avanzar triunfador y en el que no se había pensado antes.

Cien metros antes de que el ganador llegase a la meta, sonaba un timbre agudo, deteniéndose automáticamente las apuestas.

Charles lanzó una mirada de desprecio a los que, ante él, miraban intensamente a la pantalla.

«¡Pandilla de idiotas! —pensó, regocijándose en su interior—. Si tuvieseis una onza de inteligencia, sabríais que no existe juego que no oculte una trampa...»

Pero, después de todo, ¿qué podían importarle las idioteces que hiciesen aquellos hombres cargados de millones?

Además de un sueldo espléndido, Charles se llevaba una parte del porcentaje de las ganancias de la casa. Y, por si fuese poco, Paul Moore había dado «la luz verde», permitiéndole poner sus ojos en Catherine.

Un buen cambio en su vida de aventurero.

Charles había nacido en Filadelfia, y tras fracasar en los estudios, se dedicó al juego, convirtiéndose en un «punto» de póquer. Viajó por todo el país, yendo de partida en partida, exponiéndose muchas veces a ser detenido... o destrozado por los otros jugadores a los que engañaba miserablemente.

Porque poseía una indudable habilidad en marcar las cartas, arañándolas con sus uñas, recién salidas de su estuche.

Cansado de errar de un lado para otro, terminó por llegar a Las Vegas,

adonde siguió jugando al póquer, hasta que tropezó con Fred Hattaway y este le contrató.

Allí había empezado su verdadera fortuna.

La voz del locutor le sacó bruscamente de su ensueño:

—¡Atención! Acaban de salir los caballos de la tercera carrera. Como se esperaba, «Lady Foster» va en cabeza, seguida de «Topper», con «Turkey» en tercer puesto...

Las apuestas empezaron a inscribirse en el letrero luminoso.

Charles sonrió.

A medida que la carrera se desarrollaba, el dinero fue cayendo brutalmente sobre «Turkey», que ahora corría en segundo lugar, a unos tres largos de «Lay Foster».

Había llegado el momento de actuar.

Inclinando su cabeza hacia el micrófono, tras oprimir un botón, Bebler dijo en voz baja.

—Ordena que «Lady» se retrase.

Y miró a la pantalla.

La cámara mostró el veloz adelantamiento de «Turkey».

El caballo no era, sin embargo, uno de los favoritos. En la parte superior del cuadro luminoso se anotaban las cifras, trasmitidas desde el hipódromo, del estado de las apuestas.

«Turkey» estaba uno a diez y ocho.

Los ojos de los «invitados» brillaban como ascuas. Allí estaba su gran oportunidad: la de apostar tranquilamente y con toda clase de ventajas a un caballo «poco cargado» y que iba a pagarse estupendamente bien.

Viendo saltar los guarismos de las apuestas, Charles sonrió.

«La ambición les devora —pensó—. Piensan ganar una fortuna. ¡Imbéciles!»

Faltaban trescientos metros de carrera.

Bebler oprimió el botón.

—¡Adelante «Lay Foster»! —ordenó.

Y la yegua empezó a avanzar, acercándose velozmente al caballo que iba a la cabeza.

Durante unos segundos, para aumentar la emoción, los dos animales se mantuvieron a la misma altura, juntos, formando una sola y compacta silueta.

Se acercaban a la meta.

Rugían los ocupantes de los asientos de la sala. No hacía falta verlos para imaginarse sus rostros congestionados, sus ojos prominentes, el temblor de sus labios...

Finalmente, «Lay Foster» se destacó, muy poco, pasando la meta en primer lugar por medio largo.

Charles no se inmutó siquiera.

La casa acababa de ganar doscientos treinta mil dólares.

* * *

Apretando el paso, Luther pasó la puerta, siguiendo un amplio pasillo bordeado por infinidad de máquinas tragaperras. Las personas que manejaban la palanca de aquellas máquinas eran, casi todas, mujeres.

Mientras sus esposos se jugaban montones de dólares en el casino, ellas se distraían, angustiosamente como ellos, mirando como hipnotizadas el loco girar de los discos.

De vez en cuando, al coincidir las figuras, la máquina vomitaba un chorro de monedas, y la ganadora lanzaba grititos histéricos, siendo mirada con envidia por las otras.

Tras atravesar el pasillo, Luther penetró en un bar donde reinaba una apacible semioscuridad. El local estaba casi completamente vacío, y el joven no tardó en distinguir a Catherine que estaba sentada en el fondo, en un lugar apartado.

Dominando difícilmente la emoción que le embargaba, Luther se acercó a la muchacha, mirándola intensamente.

—Hola —saludó en voz baja.

—Siéntate, Luther.

Lo hizo, frente a ella. No les separaba más que la minúscula mesa sobre la que una lámpara difundía una sedosa luz azulada.

—Me alegra mucho volverte a ver, Cathy.

—Yo también estoy contenta de volverte a ver. ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—Estudiar. Fui a Boston y luego a Chicago donde me gradué como ingeniero agropecuario. Ahora me ocupo de la industria láctea de mi padre. ¿Y tú?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Ya lo ves... aburriéndome como una ostra.

—¿Puedo decirte algo?

—Lo que quieras.

—Espero no ofenderte, Cathy, pero la verdad es que no me imaginaba que fueses así. Te consideré, desde niña, como una persona... distinta.

—Te comprendo. Y te agradezco lo que acabas de decir. Pero no he tenido más remedio, amigo mío. Cometí un error... y no tuve otra salida que la de pagarlo...

Él se asustó un poco.

—¿Qué error, Cathy?

—¿Qué importa ya? Ocurrió hace mucho tiempo. A mí me parece que ha pasado un siglo desde entonces. ¿Recuerdas a «Stella»?

—Sí, aunque oí hablar de ella cuando regresé. Fue una verdadera campeona, ¿no?

—Un animal maravilloso. Se partió una pata en una carrera... y querían matarla.

Luther se mordió los labios. Se estaba preguntando si podía decir lo que sabía. El recuerdo de los consejos de Pancho le impidió hacerlo en aquel instante.

Y dejó que la muchacha siguiera hablando.

—Yo no podía consentir que la sacrificasen —dijo Catherine—. No era más que una niña, me refiero a mí, naturalmente —agregó con una sonrisa —. Tenía doce años. Por la noche, la víspera del día marcado para matar a «Stella», fui a las cuadras y la solté.

—Hiciste bien.

—Eso creí yo también. Pero papá se puso hecho una furia. Ahora sé que estaba esperando la ocasión para obligarme a seguir el camino de mi hermana Dorothy. Me dijo que no tenía más que dos caminos: o me plegaba a sus exigencias o me enviaba a un colegio interno en el que permanecería hasta mi mayoría de edad.

Lanzó un suspiro.

—Estuve a punto de ir a ese colegio. Pero amaba la libertad y quería, a pesar de todo, a mí padre. Y opté por complacerle.

—Te han hecho pagar muy duramente un acto de humanidad.

Ella le miró intensamente.

—¿Crees que obré bien, Luther? Después de todo, la yegua debió morir poco después, antes de llegar a las colinas. ¡Pobre animal! Creo que cometí una estupidez de niña romántica.

Luther no pudo más.

—No, Cathy. La yegua no murió...

—¿Qué estás diciendo?

Él le contó entonces lo ocurrido, cuatro años más tarde. Y al acabar su relato:

—Debió vivir con los caballos salvajes del Valle del Gran Humo.

Las lágrimas ponían puntos brillantes en los ojos de la muchacha.

—¡Dios mío! Lo que me has contado es maravilloso. Y entonces, ese potranco...

—¿«Ganador»? Se ha convertido en un caballo maravilloso.

—¡Lo que daría por verlo!

—Cuando quieras. Está en el rancho, entrenándose.

—Sí, quiero ir a ver...

Su rostro cambió bruscamente de expresión mientras que sus ojos miraban por encima de la cabeza de su acompañante.

—¿Quién es este hombre, hija?

Luther se puso inmediatamente en pie.

Volviéndose, se encontró frente a Paul Moore, tan orgulloso como siempre. Moore le miró de arriba abajo, con evidente desprecio.

Luther llevaba un sencillo traje de vaquero, con altas botas y amplio cinturón.

—Buenas noches, señor Moore —dijo con cortesía.

—¿Me conoces?

—Sí.

—No recuerdo. No has trabajado para mí, ¿verdad?

Intervino Catherine, molesta por el tono que empleaba su padre:

—Es Luther Kimbell, papá.

—¿El hijo del vaquero? Debía haberlo supuesto por el olor. Por lo menos, muchacho —agregó de la manera más ofensiva del mundo—, deberías haberte vestido de persona y vertido sobre tu cuerpo un litro de perfume. ¡Este no es lugar para hombres como tú! Y menos aún al lado de mi hija...

Dos hombres altos y fuertes se habían acercado silenciosamente a ellos.

—¡Echadme fuera de aquí a esta basura, muchachos! —ordenó Paul sin volverse.

Luther no quiso dar un espectáculo, y se dejó llevar por los dos empleados, tras echar una mirada a la muchacha.

* * *

¡Había ganado diez mil dólares!

Así, tontamente, colocando las fichas en el rojo, que había salido cuatro veces seguidas.

Con los bolsillos llenos de fichas, Pancho abandonó la sala de juego, ansiando encontrarse con Luther para darle la increíble noticia.

¡Diez de los grandes!

Le parecía una verdadera locura.

No era tan tonto, sin embargo, para seguir tentando la suerte. Comprendía que había sido una tremenda casualidad, pero no podía dejar de estar contento por lo obtenido.

¡Si su padre le hubiera visto!

Se echó a reír, mientras seguía el pasillo de las máquinas tragaperras.

Naturalmente, daría el dinero a Luther, ya que fue él quien compró las fichas para jugar. Pero el dinero no le importaba ni poco ni mucho. Lo que deseaba más que nada era reírse junto a su amigo, sabiendo que ninguno de ellos olvidaría aquella noche.

Fue al desembocar en el bar cuando vio a los dos hombres que, agarrando cada uno de ellos un brazo de Luther, arrastraban materialmente a su amigo hacia la salida.

Pancho no dudó un solo segundo.

Corrió hacia los dos hombres, disparando su puño derecho sobre el primero, quien soltó velozmente a Luther. Antes de que el hijo de su patrón pudiera intervenir, el mejicano había pegado un nuevo puñetazo al otro derribándolo como al primero.

Luther le cogió por el brazo.

—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!

Y echaron a correr, saliendo a la calle.

CAPÍTULO IV

Robert alzó la mirada del plato.

—Luther...

—¿Sí, padre?

—He inscrito a «Ganador». Para el Gran Premio de Richmond.

Luther sonrió.

—¿No es demasiado para un caballo novato, papá?

—No le llames novato, hijo. Pregunta a Pancho. Nunca ha existido un animal más veloz que él. ¡Es una maravilla!

—¿Tienes *jockey*?

—Sí. He hablado por teléfono con un hombre que se ocupa de esos menesteres. Un tal Wilson de Nueva York. Él me ha encontrado al jinete de nuestro caballo. Se llama Cunning. Alfred. Llegará mañana, en avión.

Intervino Pancho.

—Ahora sí que le veremos correr como Dios manda. Hasta ahora, lo han montado los vaqueros del rancho, naturalmente los que pesaban menos, pero el *jockey* será distinto. Dijeron a tu padre, por teléfono, que Alfred pesa solo cuarenta y dos kilos.

—¡Una pluma para «Ganador»! —rio Robert.

Y tras una corta pausa:

—Iremos todos a Richmond. Y sorpréndete, hijo. Por primera vez en mi vida, ¡voy a apostar por un caballo, el mío!

—Ten cuidado, papá.

—¿Cuidado? ¿Cómo quieres que dude de algo que he forjado yo mismo, a lo largo de estos últimos años? ¡Apostaría mi vida por él!

—Y lo más divertido de todo —dijo Pancho con una sonrisa a flor de labios— es que va a correr, en ese premio, contra el favorito: «Relámpago», el caballo de Paul Moore.

El rostro de Luther se ensombreció.

Miró intensamente a su padre.

—No estoy muy seguro de lo que voy a decir, padre —dijo—, pero corren rumores de que Moore es un marrullero. Desde hace algún tiempo se dedica casi por entero al juego y a las carreras de caballos.

—Ya lo sé. Abandonó su rancho y vive en Las Vegas.

—Así es.

—¿Y eso qué importa? Nada podrán los marrulleros y tramposos contra nuestro «Ganador». Una vez en la pista, será él quien tenga la palabra.

—Espero que no te equivoques.

* * *

En lo alto del Royal, quince pisos sobre el suelo, se hallaba el «penthouse», la residencia señorial de Paul Moore: un total de once habitaciones lujosamente amuebladas con amplios ventanales desde los que se gozaba, la noche, de una vista multicolor de arco iris que era Las Vegas.

Reunidos en el amplio salón, ante mesas sobre las que se erguían los brillos dorados de los vasos de *whisky*, los cinco hombres fumaban en silencio, esperando que Wilson, que había llegado en avión hacía media hora, se decidiera a hablar.

Había conversado, durante unos minutos, dejando que Bebler hiciera un informe de las ganancias obtenidas en las últimas carreras.

Cifras más que satisfactorias para todos ellos.

Finalmente, Wilson dejó el habano sobre el cenicero, carraspeando antes de decir:

—Todo eso está muy bien, amigos, pero ahora tenemos, antes de un mes, el Gran Premio de Richmond...

—... que nos producirá sabrosos beneficios —dijo Paul con una sonrisa.

—Desde luego —confirmó Lionel—, pero hubiera podido constituir una desagradable sorpresa para nosotros.

—¿Por qué?

—Por la aparición de un nuevo caballo.

—¿Su nombre?

—«Ganador».

Moore se echó a reír.

—Su propietario es de los que se hace ilusiones por anticipado —dijo.

—No lo creas, Paul. Los informes que poseo dicen que ese animal es un verdadero meteoro.

—¡No será tanto!

—Desgraciadamente, lo es. Su tiempo es sencillamente extraordinario. Alfred me lo comunicó hace un par de días.

—¿Quién es ese Alfred?

Wilson sonrió.

—El *jockey* que le proporcioné a su propietario, un conocido tuyo, el señor Robert Kimbell.

—¡No!

—¿Te extraña?

—Me dejas boquiabierto. ¿Ese vaquero maloliente convertido en criador de caballos?

—Que yo sepa, no tiene más que a ese.

—¡No lo entiendo! Robert no se dedicó, en toda su vida, más que a la cría de vacas lecheras. ¿De dónde le ha venido esa nueva manía?

—Eso no lo sé ni me importa. Ni a ninguno de nosotros. El hecho

positivo es que hay un nuevo caballo y que no es moco de pavo. Por suerte, mi posición como Presidente del Sindicato de Jockeys, me ha permitido intervenir. Y te aseguro que es muy bueno que tengamos a uno de nuestros hombres junto a ese caballo.

—Entonces, ¿a qué diablos tenemos que tener miedo? Ese...

—Alfred.

—Ese Alfred hará lo que le digamos que debe hacer.

—Desde luego que lo hará.

—Y «Ganador» perderá.

—Ganará.

—¿Eh?

—Es un caballo nuevo, Paul, al que vamos a proporcionar toda la propaganda del mundo. Puedes jurar que el noventa por ciento de las apuestas de aquí, de Las Vegas, en la sala especial, irán a ese caballo... que va a ganar.

—Y seremos nosotros los que no ganaremos.

Wilson miró con fijeza a Moore.

—No te conozco, Paul. Sin embargo, conoces nuestra política. ¿Qué ocurriría si los tipos que acuden a la sala especial perdiesen siempre? ¡No seas niño! Las apuestas se pagarán casi a la par. Podemos, a lo más, perder cien de los grandes... pero eso nos será compensado con creces en la siguiente carrera, en la que «Campeón», perderá.

—Entiendo.

Los ojos de Charles Bebler, que no había pronunciado una sola palabra, brillaron como ascuas.

¡Menuda idea acababa de tener!

Ahora sí que podía estar seguro de su matrimonio con Catherine.

Miró a Moore y sonrió. Esperaría a que los otros se fueran, y hablaría con su «futuro suegro», que muy pronto lo sería de verdad.

* * *

—¡Formidable, Luther! ¡Increíble!

Luther alzó la cabeza de los gráficos que estaba estudiando.

—¿De qué hablas, Pancho?

—Del caballo. ¿De qué demonios quieres que hable? ¡Ese *jockey* es una verdadera maravilla! Si los de Richmond supieran el tiempo que «Ganador» ha obtenido esta mañana, se volverían locos.

—Me alegro.

—Claro que tu padre no es tonto ni muchísimo menos. El caballo será presentado sin ninguna propaganda, como uno más. Así casi nadie apostará por él... y el dinero que el patrón piensa apostar se multiplicará por veinte.

Una triste sonrisa se pintó en los labios de Luther.

—Creo que has olvidado la lección de la ruleta, amigo.

—¿Olvidarla? ¡Nunca! Sobre todo cuando fuiste tan generoso como para darme la mitad del dinero.

—No me refiero a eso, Pancho. Ganaste por pura casualidad. El juego no conduce a nada, como las apuestas. Y no me alegra que mi padre se meta en esos berenjenales.

—¡Si es como si tuviese la «plata» en el bolsillo!

—Ya veremos...

Pancho se encogió de hombros.

—Tu optimismo me conmueve, Luther. Aunque no es nada difícil descubrir su origen.

—¿Qué quieres decir?

—La solución se llama Cathy.

—Deja eso.

—¿No has tenido noticias de ella? Me dijiste que le habías escrito...

—Lo hice.

—¿Te contestó?

—Sí.

—¿Dándote calabazas?

—¡No seas idiota! No se trata de eso. Va a venir.

—¿Aquí?

—Sí. No sé cómo se las ha arreglado, pero vendrá.

—¿Cuándo?

—Mañana. Vendrá en su coche. Sola. Quiere ver al caballo.

Pancho frunció el ceño.

—Eso quiere decir que te fuiste de la lengua.

—¡Tenía que decírselo! Todo lo que está sufriendo partió del día en que puso en libertad a «Stella». ¿Es que no lo comprendes, amigo?

—No sé. En tu lugar, yo no hubiese hablado de ese asunto.

—¿Desconfías de Cathy?

—No seas bobo. Pero mejor es que no hubiera sabido nada. No hay mejor manera de guardar un secreto que el de no divulgarlo.

—Ya está hecho, lo siento. Y sé que ella no habrá dicho nada.

—También lo creo yo.

—¿Entonces?

—Es una especie de intuición, Luther; algo que no puedo explicar.

Y con un suspiro:

—¿Vas a llevarla a casa?

—Desde luego. Papá la conoce. ¿Por qué ocultar su presencia?

—Entiendo. Perdona.

* * *

Aquel trabajo era una bicoca.

Alfred había montado a muchos caballos y conocido a muchos propietarios de cuadras famosas, pero nunca había tropezado con un hombre como Robert Kimbell.

¡Un pobre palurdo, bueno como el pan pero completamente tonto!

Le había dado una hermosa habitación en la casa, comía con el amo y con su hijo, aunque desgraciadamente tenía que compartir la mesa con aquellos dos sucios mejicanos.

Y le habían dejado un coche.

Ahora, al volante del Land Rover, Alfred se dirigía hacia el sur para dar un paseo, tal y como le había dicho a Kimbell. Pasaría por Warm Springs, pero sin cometer el error de detenerse en aquella ciudad cerca de la cual estaba el rancho Moore.

Wilson le había dado instrucciones concretas al respecto.

«Cuando tengas que comunicarte con el Royal, y siempre lo harás personalmente con Charles Bebler, no se te ocurra telefonear desde Warm Spring. Sigue la carretera 375 hasta Tonopah, y llama desde allí».

Mientras conducía el vehículo, Cunning pensaba en el buen bocado de «pasta» que iba a obtener en aquel negocio. Desde que obedecía las órdenes de Wilson, había ganado mucho dinero.

¡La cosa era tan sencilla!

Desde luego, siguió pensando, aquel Lionel era un hombre que sabía hacer las cosas.

Y ahora, el *jockey* estaba seguro de que la noticia que iba a dar al tal Charles, al que no conocía personalmente, haría en Las Vegas el efecto de una bomba.

* * *

Cuando los reunidos en el salón del «penthouse» de Moore salieron. Charles se quedó y tras cerrar la puerta, se volvió a Paul.

—Quisiera decirle algo, señor...

—Toma asiento, Charly. ¿Otro trago?

—Gracias.

Tomo un sorbo de *whisky*, y dejando el vaso sobre la mesa:

—No sé si la idea que se me ha ocurrido va a gustarle, señor Moore.

—Suéltala.

—Verá. Yo sé que no estima usted mucho a Robert Kimball.

—¿Estimar a ese sucio vaquero? ¿Por quién me tomas, muchacho? Y después de lo ocurrido en el casino. Cuando el piojoso de su hijo se atrevió a acercarse a mí Catherine...

Charles se mordió los labios. Cuando Moore le contó aquello, lamentó haber estado ocupado en la «sala especial». ¡Con lo que le habría gustado

romper los morros a aquel vaquero!

—Ahora, si usted quiere, puede destrozar a ese hombre.

—¿Qué si quiero? Daría lo que fuese por hacer que los Kimbell mordieran el polvo. Y ahora, con ese maldito caballo... Habla, te escucho.

—No va a ser sencillo hacerlo, señor, pero sería formidable si pudiésemos atraer a Kimbell padre a la «sala especial».

Se encendieron de gozo los ojos de Paul.

—¡Vaya idea, muchacho! ¡Estupenda!

—Podríamos hacerlo la segunda vez, cuando «Ganador» pierda la carrera. Después de la primera victoria, estará tan loco por su caballo que se jugará el último dólar.

—¡Sin duda alguna! ¡Voy a arruinar a ese puerco! ¡Has tenido una idea formidable, Charly!

* * *

En la sala de transmisiones, el lugar más oculto y secreto del Royal, Charles hablaba con el ingeniero de comunicaciones, Peter Fletcher.

—¿Has estudiado las comunicaciones con Richmond, Peter?

—Sí, Charly. Había algunas dificultades, en un principio. Todo debido al exceso de emisiones que la radio y la TV han montado para ese dichoso Gran Premio.

—Es el más importante del año.

—Lo sé. Cuando hice las pruebas de control, tropecé con un montón de interferencias.

—¿Y ahora?

—Todo marcha estupendamente bien.

—No olvides que tenemos que mantener un contacto limpio y rápido con el señor Wilson, ya que es él quien se comunica directamente con los *jockeys*.

Peter lanzó una mirada áspera con sus ojos globulosos.

—¿He fallado alguna vez, Charly?

—No digo eso. Pero no tienes más que mirarte en el espejo. Duermes muy poco. Estás muy cansado. Te pasas las noches en las salas de juego.

—Me gusta jugar, eso es todo...

Fue en aquel momento cuando uno de los numerosos teléfonos que había sobre la mesa se puso a sonar.

Peter alargó la mano, escuchando un instante, antes de pasar el aparato a Bebler.

—Gracias. ¿Diga?

—Aquí, Cunning.

—Bebler al aparato. Escucho.

—Ha llegado una visita al rancho.

—¿De quién se trata?

—De una mujer. Se llama, según me han dicho, Catherine. Es muy guapa y elegante. Ha llegado de ahí, de Las Vegas. Por eso me ha llamado la atención. ¿La conoce usted?

—Sí —gruñó Bebler que había palidecido—. ¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana. La recibió el hijo del patrón.

—Sigue.

—El viejo Pedro Gómez, un «cholo» asqueroso del que me he hecho muy amigo, me dijo que venía a ver a «Campeón». Había hecho el viaje especialmente para ello.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente, señor Bebler. También me extrañó a mí, hasta que el mejicano me contó una historia que, al principio, no creí.

—¡Suéltala!

—Parece ser que, hace años, Pedro encontró a una yegua que estaba a punto de parir en un valle de cuyo nombre no me acuerdo. El animal tenía una pata destrozada. Espere... creo que se llamaba «Stella»... Y ahora que me viene a la memoria, ¿no sería la famosa campeona, señor Bebler?

A Charles le sudaban las manos.

—¡Sigue hablando!

—El mejicano de marras mató a la yegua de un tiro y le abrió la barriga, consiguiendo sacar vivo al potranco.

Bebler reflexionaba a toda velocidad. Había olvidado la «jugada» que Catherine le había hecho, pero conociendo el motivo de su visita al rancho de Kimbell, hacia trabajar a su cerebro a marchas forzadas.

—¿Cómo es ese mejicano?

—Un viejo tristón que se pasa el tiempo con los labios pegados a la botella de tequila. Ya no hace nada, y es su hijo Pancho quien lleva el negocio de las vacas con el hijo del amo.

—Tienes que conseguir que ese mejicano te acompañe a Tonopah. ¡Hazlo como sea!

—Lo haré señor Bebler. No será difícil, ya que la mitad del tiempo está borracho como una cuba.

—¿Cuándo podrás coger el coche sin despertar sospechas?

—Mañana mismo. En cuanto acabe el entrenamiento, soy libre como un pájaro y puedo hacer lo que quiera.

—Entonces, mañana. ¿A qué hora?

—Tiene que ser por la tarde. A las cinco... ¿le conviene?

—Sí. Escucha, habrá un coche esperando antes del pueblo. Paras el tuyo. Mis hombres se encargarán de ese viejo. Pero no olvides que nadie debe verte con él.

—Entiendo.

—Si haces las cosas bien, puedes contar, cuando acabe la carrera, con una estancia, completamente gratis y con gastos cubiertos, los que sean, en el Royal de Las Vegas.

—¡Estupendo!

—Eso es todo, Alfred.

—*Okay,* señor Bebler.

Charles devolvió el aparato a Peter.

Sus ojos brillaban intensamente.

«Esa pequeña estúpida no sabe con quién se juega los cuartos. Esperaremos a haber arruinado al imbécil de Kimbell... luego, tranquilamente, nos quedaremos con su caballo, aunque creo que mejor será empezar a trabajar el asunto».

Y se dirigió, directamente, al departamento jurídico del Royal donde Harry Foster, el abogado más hábil de todo el Oeste, pondría la máquina en marcha.

CAPÍTULO V

Es precioso —dijo Catherine acariciando el sedoso cuello del caballo —. Y, en cierta manera, me recuerda a «Stella».

—Querías mucho a aquella yegua, ¿verdad?

La mirada de la muchacha se cargó de tristeza.

—¡Con locura! Nunca lo olvidaré, Luther. Vi llegar a «Stella» a la que acaban de capturar en el Big Smoke Valley. Me acerqué a ella, aunque los vaqueros me previnieron de que era un animal salvaje. Pero ella se dejó acariciar... ¿No es maravilloso?

—«Stella» debió vivir un final de su existencia lleno de emociones y sacrificios. Desde que Pedro la encontró, he imaginado mil veces las aventuras de ese animal, al que he visto, pensando en ella, junto a la manada, protegida seguramente por el jefe y convertida luego en su hembra.

Hubo un silencio. Luego, Catherine alzó una mirada apenada hacia el rostro de Luther.

—¿Por qué habéis decidido convertir a este precioso animal en un caballo de carreras?

—Ha sido idea de mi padre. Aunque no lo parezca, Cathy, también él entiende de caballos. Y mucho. No olvides que hemos tenido muchos caballos en este rancho.

—Es una lástima.

—¿Por qué?

—No podría decírtelo con exactitud, pero sospecho que todo esto de las carreras esconde algo tenebroso, sucio... Hablando con franqueza, creo que mi padre y sus socios están haciendo algo que no comprendo bien, pero que no me gusta.

—Eso no importa, Cathy. Cuando «Ganador» salga a la pista, ninguna artimaña, ninguna trampa, podrán con él.

Y cogiéndole suavemente por el brazo:

—Vamos a casa. La comida debe estar dispuesta.

Momentos después tomaban asiento en el amplio comedor del rancho. Robert y Pancho volvieron a saludar a la muchacha, tomando todos asiento a la mesa.

—¿Y tu padre? —preguntó Kimbell al mejicano.

—Creo que ha salido a caballo esta mañana. Lo mejor que podríamos hacer es no esperarle.

Al tiempo que se sentaba, Robert frunció el ceño.

—¿Qué le ocurre al viejo Pedro, Pancho? ¿Lo sabes tú?

Un poco de rojo subió a las mejillas del joven mejicano.

—Tampoco me lo explico yo, señor Kimbell. Desde hace un par de meses, mi padre ha cambiado. Antes no bebía apenas, aunque nunca ha dejado de tener a su alcance una buena botella de tequila. Pero ahora...

—¿No has hablado con él?

—¿Con mi padre? ¡Oh, no, señor! Es un hombre bueno, de acuerdo, pero tremendamente testarudo. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay nada que hacer para apearle del burro...

Kimbell sonrió.

—Todos nos hacemos raros a medida que envejecemos —dijo—. ¡Qué le vamos a hacer!

Los criados sirvieron la comida en la que se habló un poco de todo. Catherine estaba visiblemente contenta de haber vuelto a entrar en contacto con la gente sencilla del rancho.

—Pero —observó el padre de Luther—, no puedes comparar este lugar aburrido con Las Vegas, pequeña.

—Aquello es una casa de locos, señor Kimbell —dijo ella con vehemencia—. Un mundo falso e implacable. Allí no hay amigos de verdad ni nada que se le parezca. Todo es ficticio, como la ciudad misma, plantada en medio del desierto de Nevada.

—En toda mi vida —dijo Robert—, no he ido más que un par de veces a Las Vegas. Pura curiosidad. Me parecía un crimen no visitar ese lugar teniéndolo tan cerca. Pero me decepcionó por completo. Decididamente, el juego no me gusta.

—Pero ahora —intervino su hijo—, piensas apostar a «Ganador».

—Es distinto, Luther. «Ganador» no es una máquina que puede alterarse o las manos de un jugador que maneja hábilmente los naipes. Mi caballo es una criatura viva, en la que he puesto todo mi amor. No apostar por él sería como traicionar todos sus magníficos esfuerzos.

—Pero el mundo en el que va a correr está corrompido, padre.

—Nada puede corromper a lo que es puro.

—Eso es cierto —intervino la joven—. Pero, desgraciadamente, no creo que quede nada puro cuando ciertos hombres manipulan las cosas —su mirada se ensombreció—. Ya les he dicho que no sé nada concreto, pero estoy segura de que el hombre con el que mi padre intenta comprometerme, Charles Bebler, se ocupa en algo sucio en relación con las carreras de caballos.

—No te preocupes más por eso, niña —dijo Luther—. En cuanto a tu destino, te creo capaz de escoger el que creas que más te convenga.

Fue en aquel momento cuando uno de los mozos de las caballerizas penetró en el comedor, con el rostro asustado. Llevaba el amplio sombrero

en la mano y torturaba el ala con sus dedos nudosos.

—¿Qué ocurre, Miguel? —le preguntó Robert.

—Hemos visto el cuerpo de Pedro en el fondo del pozo del álamo, amo. Su caballo nos llamó la atención. Debió caerse desde lo alto...

Pancho se levantó de un salto, seguido por Luther.

—Id a ver lo que ha pasado —dijo el granjero—. Yo llamaré al pueblo para que envíen, inmediatamente, un médico y una ambulancia.

Catherine hizo un gesto hacia ellos.

—¿Queréis que vaya con vosotros?

—No, no es necesario —dijo Luther—. Volveremos enseguida. Espero que no haya sido más que el susto.

Una vez fuera, se dirigieron hacia donde Miguel les esperaba con el *jeep,* pero Pancho, que estaba intensamente pálido, ordenó al peón que le dejara conducir.

Lanzó el vehículo a toda velocidad, llevando sentado a su lado a Luther, que miraba de reojo a su amigo. En el asiento trasero, Miguel se agarraba a los bordes del coche que daba brincos de canguro.

Había cinco hombres junto al pozo, al pie del gran álamo solitario.

Tenían preparado todo lo necesario para izar el cuerpo de Gómez, pero no se habían atrevido a hacerlo hasta que su hijo llegara allí.

Sin una palabra, Pancho se asomó al pozo, sobre el que habían colocado un foco potente, conectado a la batería del Land Rover en el que viajaban los peones.

Luther se acercó a su amigo, viendo al mismo tiempo que él el cuerpo de Pancho que yacía en el fondo.

—Bajaré yo —dijo Luther.

—No, bajaré yo —replicó Pancho—. El viejo no pesa casi nada. Será un momento.

Descendió por la maroma. Dos cuerdas más le fueron lanzadas y con ellas ató el cuerpo de su padre.

—¡Izad! —dijo luego.

Había algo extraño en la voz del mejicano que hizo que Luther se estremeciera. Le extrañó también que Pancho dejara que subieran el cuerpo del viejo sin preocuparse más por él, quedándose abajo.

Ya antes de que el cuerpo llegara al borde superior del brocal, Luther se percató de que lo que estaban subiendo era un cadáver. No obstante, ayudó a que sacaran con cuidado el cuerpo, desatándolo para dejarlo luego en el interior del Land Rover.

Luther volvió junto al brocal.

Tuvo que esperar cerca de cinco minutos hasta que el joven mejicano pidió otra cuerda. Poco después, subía Pancho, al mismo tiempo que en el extremo de la otra cuerda ascendía una vieja maleta cuya superficie estaba

cubierta por manchas verdes de moho.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Luther.

—Ahora verás. La he abierto abajo. Di a esos que se lleven a mí padre al rancho. Tú y yo iremos detrás, en el *jeep*.

Una vez solos, junto a la vieja maleta, Pancho miró a su amigo con una triste sonrisa en los labios.

—Nunca llegarás a conocer a nadie, Luther; ni siquiera a tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—El mío debió soñar siempre con regresar a Sonora, comprar un rancho y pasearse a caballo delante de su antiguo amo. Yo comprendo que un deseo de venganza pueda llenar la vida de un hombre, pero mi padre debería haber pensado más en mí.

—No alcanzo a entenderte, Pancho.

—Ahora lo comprenderás —dijo Luther abriendo la maleta.

Bajo una aislante capa de plástico, Luther pudo ver los fajos de billetes cuidadosamente alineados.

—Hay una verdadera fortuna —dijo.

—Más de doscientos mil dólares. ¡Y yo tuve que estudiar por correspondencia, cuando hubiera podido ir a la mejor Facultad de Veterinaria del país!

Había mucha amargura en su voz.

—¡Pobre viejo loco! —suspiró moviendo la cabeza de un lado para otro.

Luther sintió en su propia carne el dolor y la amargura de su amigo. Sabía de todos los esfuerzos y sacrificios que Pancho había hecho para conseguir el título que ahora poseía.

Nunca lo habría logrado de no contar con la ayuda del padre de Luther, quien pagó, sin que el viejo Pedro lo supiera, los viajes para que hiciese las prácticas.

—¿Qué vas a hacer con ese dinero? —inquirió.

El mejicano, que miraba la maleta abierta y su contenido con una tremenda intensidad, sonrió burlonamente, al tiempo que volvía la cabeza hacia su amigo.

—¡Voy a jugármelo en Las Vegas! —dijo con rabia—.

¡Quemaré en los casinos hasta el último de estos malditos dólares!

—Pero...

—¡No hay pero que valga, Luther! Lo he decidido. En cuanto hayamos enterrado al viejo, me largaré hacia el sur. Y puesto que Catherine regresa mañana, no te molestará que me lleve en su coche, ¿verdad?

—¡Qué tonterías dices! Claro que no me molesta; pero, amigo. ¿Estás seguro de lo que piensas hacer?

—¡No hablemos más! Vamos...

Cerró la maleta, dirigiéndose hacia el *jeep.*

* * *

Una luna amarillenta, apergaminada como la piel de un viejo tambor indio, parecía flotar sobre una larga nube negra, allá arriba, en el cielo donde titilaba la fría luz de las estrellas.

Luther detuvo lentamente el coche y volviéndose hacia la muchacha, dijo:

—Mañana te vas, Cathy.

—Sí, pero no creas que esto es una despedida. Este viaje me ha abierto los ojos. Es como si la buena de «Stella» me hubiese pagado, indirectamente, el bien que le hice al dejar que escapara.

Su mirada se ensombreció un tanto.

—Es como si a mí me hubiese pasado algo parecido —continuó diciendo—. Yo también vivía en libertad, como ella, hasta que le echaron el lazo al cuello. Aquel lazo de áspera cuerda, el mío está hecho de sedas y de joyas, pero quizás sea mil veces peor que el de «Stella».

—¡Qué cosas dices!

—La verdad, Luther. ¿Qué es una mujer a los ojos de un hombre como mi padre? Alguien que, como «Stella», debe ganar premio tras premio hasta alcanzar el máximo, al casarse con alguien que, directa o indirectamente, siga enriqueciéndole. ¿Por qué crees que se interesa para que me case con Bebler? Le he oído decir cien veces que Charles lleva entre manos la parte más productiva de sus negocios.

—¿El juego en el casino del Royal?

—No. Debe ser algo muy distinto. Yo solo sé que hay una «sala especial» de la que hablan muy a menudo. Allí trabaja Charles.

—¿Qué tal es ese Charles?

Ella frunció el ceño.

—Un repugnante pedante, un hombre orgulloso hasta lo inconcebible, completamente hueco por dentro y que no piensa, como mi padre y sus socios, como todos los propietarios de los locales de Las Vegas, más que en el dinero.

Movió la cabeza con súbita energía.

—¡Pero todo eso ha terminado! —exclamó con vehemencia—. En cuanto llegue a Las Vegas, voy a hablar con mi padre y le expondré claramente lo que pienso.

—Ya sabes —dijo él con ternura— que, pase lo que pase, tienes aquí una casa, unos amigos, y me tienes a mí.

—Lo sé, Luther, lo sé... —dijo ella.

Y atrayéndole, le ofreció su boca.

* * *

—¡No importa! —bramó Paul Moore con el rostro enrojecido por el cólera—. Si ese plan suyo ha fallado, ¡no importa! La idea que tuvo primero sigue gustándome y, con ella, conseguiremos lo que nos proponemos.

—Lo lamento de veras, señor Moore. Yo contaba con ese viejo mejicano para proporcionar a nuestros abogados la materia jurídica que nos permitiría recuperar legalmente a ese caballo.

Paul puso una mano amistosa en el hombro de Charles.

—Es igual, Charly. Cuando hayamos conseguido traer a ese idiota de Kimbell a la sala especial, le arrancaremos hasta el último dólar. No solamente su fortuna, sino su empresa y, naturalmente, a ese caballo.

Hizo un corto silencio.

—En cuanto a mí hija —prosiguió enseguida—, déjeme que yo arregle las cosas. Le va a pesar haberme engañado. Me dijo que deseaba ir a Los Ángeles y fue a casa de esos sucios vaqueros. No te preocupes, Charly: sé cómo domar a Catherine.

* * *

Peter se separó, asqueado, de la mesa de veintiuno.

—¿Has vuelto a perder? —le preguntó Bebler que había estado observándole.

—¡Como siempre! Me persigue la mala suerte.

—Ya volverás a ganar.

Peter alzó vivamente la cabeza y sus ojos brillaron de cólera.

—¡No! —exclamó con fuerza—. No quiero la limosna de vuestras trampas. Quiero ganar por mí mismo, no porque tú ordenes a un jefe de mesa que me deje ganar.

—Está bien, está bien. Anda, ve a descansar. Mañana tendremos mucho trabajo, se correrá el Gran Premio de Richmond.

—¡Yo no soy un niño al que se ordena que se vaya a la cama! —protestó el otro—. Voy a darme un paseo. Voy a hacer lo que me dé la real gana.

Charles se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, Fletcher, pero ten cuidado. Si mañana no funcionas como es debido, puede ocurrirte algo malo...

Peter dio un bufido y se dirigió, con la cabeza gacha, hacia las puertas basculantes del casino.

Apenas acababa de trasponerlas, cuando tropezó con un hombre alto al que dio un formidable empellón.

—¡Cuidado, amigo!

Peter, dominado por la cólera, miró al hombre, percatándose de que se trataba de un mejicano.

—¡Apártate de mi paso, «cholo»! —lanzó con rabia.

El puño derecho de Pancho se estrelló con violencia contra la barbilla de Peter. El mejicano tuvo que cogerle en brazos para que no se desplomase allí mismo.

Por fortuna, nadie circulaba por allí a aquellas horas, y Pancho pudo arrastrar al hombre hasta apoyarlo en la pared, en la zona más sombría de la fachada.

Estaba arrepentido de haberle pegado.

Mantuvo al hombre en posición vertical, apoyado a la pared mientras Peter se recuperaba con lentitud.

—Quiero ganar... por mí... no deseo que me ayuden, no quiero que hagan trampas para satisfacerme, ¡son unos puercos!

Pancho sintió piedad por aquel desconocido.

—Vamos, vamos. No te pongas así, amigo. Y perdona por haberte pegado, pero me insultaste.

—Hiciste bien en «sacudirme». Me lo merezco. Soy tan puerco como ellos. Les acuso de hacer trampas y yo las hago mayores. ¿Sabes que yo puedo hacer que gane el caballo de carreras que quiero?

El mejicano dio un respingo. Fue como si un timbre de alarma sonara en el interior de su cerebro. Había recorrido los casinos de la ciudad, intentando «patearse» el dinero de su padre. Pero, paradójicamente, no había cesado de ganar, duplicando casi la suma con la que había llegado a Las Vegas.

—Si tuviera un poco de dinero... —murmuró quejumbrosamente Fletcher.

—Lo tengo yo, amigo. Vamos a jugar lejos de aquí.

—¿De veras? —inquirió Peter abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Vas a dejarme jugar... con tu dinero?

—El dinero es de los dos. Vamos.

Cogió por el brazo a Fletcher, echando a andar calle abajo. Y mientras caminaban amistosamente, el mejicano, mirando de reojo a su extraño acompañante, se preguntó qué había querido decir al hablar de los caballos de carrera y cómo podía hacer que ganase el que él quisiera.

Al principio, dejando que Peter jugase, Pancho comprobó que la mala suerte acompañaba a aquel hombre; pero después, Fletcher, ya serenado del todo, empezó a ganar, desbordando su alegría, como un niño al que acaba de regalársele su juguete preferido.

—¡Lo sabía! Me habían hecho creer que era un «gafe». Ahora comprendo que hacían trampas para que perdiera siempre.

Amanecía ya cuando fueron a comer algo a uno de los restaurantes de

la ciudad. Peter estaba loco de alegría. Comió con voracidad no dejando de repetir que por fin se había encontrado a sí mismo.

—Me quieren tener atado, ¿lo comprendes, Pancho? Me harán perder para encadenarme. ¡Y yo soy el amo! Sin mí, todo ese maldito truco de la «sala especial» se vendría ruidosamente abajo.

—¿De qué hablas?

—Voy a explicarte lo que hago, amigo. Porque tú eres el primer amigo que tengo en esta condenada ciudad.

CAPÍTULO VI

Padre e hijo se sentaron en la tribuna del gran hipódromo de Richmond. El día era soleado y la temperatura ideal. Una densa masa de público asistía al acontecimiento deportivo.

—Es una pena que Pancho no haya venido con nosotros —dijo Robert.

Llamé a casi todos los hoteles de Las Vegas, padre —explicó Luther—, pero no pude hallarle. Indudablemente se ha vuelto loco.

—¡Ese viejo Pedro! ¡El muy granuja! Nunca se conoce bien a la gente, hijo. Aunque pases junto a ella toda la vida.

—Gómez deseaba volver a Sonora y dar una lección a su viejo patrón.

—Gómez chocheaba, Luther.

Las cuatro primeras carreras se desarrollaron normalmente y ninguno de los dos se movió de su asiento. Pero al anunciarse la quinta, correspondiente al Gran Premio, en la que iba a correr «Ganador», Robert se puso en pie y con una voz un tanto afectada por la emoción, dijo:

—Espera aquí, Luther. Voy a hacer mis apuestas.

—Padre...

—¿Sí?

—Ten cuidado. No expongas demasiado. El negocio va bien, pero ya sabes que hemos de hacer nuevas inversiones en las instalaciones que hemos previsto para la ampliación de este año.

—No temas nada Voy a darte una sorpresa. ¡Tendrás dinero de sobra para esas nuevas instalaciones!

—Está bien, papá.

Diez minutos después, se daba la salida.

Pasaron los caballos ante la tribuna como meteoros. «Flash» iba a la cabeza, seguido, por dos cuerpos, por «Ganador».

—¡Adelante, «Winner»! —gritó Robert rojo de entusiasmo—. ¡Demuestra tu valía, pequeño! ¡No olvides que eres el mejor!

Luther no decía nada.

La verdad es que hubiera preferido que su padre no cambiase de forma tan brusca su sensata manera de ser. Y le pareció, mientras los caballos daban la primera vuelta, volver a escuchar las palabras de Catherine.

No, no podía caberle la menor duda de que el mundo de las carreras de caballos estaba tan corrompido como todos aquellos deportes en los se cruzaban apuestas.

Robert se echó los gemelos a la cara.

—¡Están dando la última vuelta, hijo!

Apareció la masa de jinetes y monturas en la última curva También se sirvió Luther de sus gemelos, comprobando, con un pinchazo de amargura, que «Relámpago» seguía en cabeza, aunque «Ganador» había conseguido reducir a un cuerpo la distancia que le separaba de su adversario.

Un griterío inmenso se elevó cuando los caballos se acercaron a la meta.

Luther tremendamente nervioso, incapaz de seguir mirando a través de los prismáticos, los bajó, ensordecido por gritos entre los que resaltaban los de su padre.

—¡Vamos, «Ganador»!

Y, de repente, como si el noble animal hubiera oído la voz de su dueño, «Winner» salvó la distancia que le separaba de «Relámpago», fundiéndose con él, justo en el momento en que atravesaban la meta.

Un terrorífico silencio se hizo en el hipódromo.

Cientos de ojos se clavaron en el letrero luminoso en el que acababa de aparecer la palabra «foto».

—¡Tiene que haber ganado! —dijo Robert que estaba muy pálido.

Luther comprendió el temor de su padre.

—¿Cuánto has jugado? —preguntó en voz baja.

—Cincuenta mil —contestó Robert en el mismo tono de voz.

Un escalofrío recorrió la espalda del joven.

Pero Robert tenía los ojos fijos en el letrero luminoso. De repente, surgió, en la parte izquierda, la columna de números que, empezando por el primero, acababa con el sexto.

El silencio seguía siendo angustioso.

Hasta que, bruscamente, tras el «primero», aparecieron las letras que daban el nombre del caballo que había entrado en primer lugar.

—¡«Ganador»! —gritó Robert lleno de júbilo—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Luther lanzó un suspiro de alivio.

* * *

—¿Tienes alguna queja de mí?

La voz de Paul Moore era áspera, y la expresión de su rostro revelaba con nitidez sus esfuerzos por contener la cólera que hervía en su interior.

—¿La tienes tú de mí, padre? —inquirió Catherine.

—¡Sí! Me has engañado, diciéndome que ibas a Los Ángeles, cuando pensabas visitar a cierta gente de la que prefiero no hablar. Además, no tratas a Charles como yo esperaba. He hecho todo por vosotros dos, pero solo Dorothy me ha complacido en todo.

—No me compares a mí hermana, padre. Yo soy distinta. He hecho lo que he podido por complacerte; pero, ¿me preguntaste alguna vez si deseaba la clase de vida que me has proporcionado?

—¿Puede una mujer aspirar a más?

—¡Naturalmente! Una mujer debe ser, ante todo, ella misma. El que mi hermana haya sido, desde siempre, la muñeca dócil y esté contenta de seguir siéndolo, no quiere decir que yo piense igual. Yo deseo mi propia vida, padre, a mí manera, lejos de la gente estúpida que me rodea. Ya sabes que, desde pequeña, te dije que deseaba dedicarme a la enseñanza.

Moore lanzó una risotada.

—¡Una hija mía, maestra! ¡Qué locura! Y supongo que te encantaría dar clases en aquella cochambrosa escuela de pueblo...

—Me encantada.

—... para estar lo más cerca posible de ese don nadie, el hijo de Kimbell, ¿no?

—No te equivocas, padre. En realidad, Luther y yo nos hemos querido desde niños.

—¡Muy romántico... pero imposible! Al menos mientras yo siga con vida.

—Olvidas que soy mayor de edad, padre.

—Y tú olvidas que si tienes dinero es gracias a mí.

Ella sonrió amargamente.

—Esperaba esas palabras, padre. Para ti no hay nada que no pueda comprarse o en lo que se pueda apostar. Lamentablemente, te equivocas. Prefiero vivir sin dinero que con él... si he de pagar tan alto precio por tenerlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que voy a marcharme, padre.

—Volverás, pidiendo de rodillas que te perdone.

—No lo creo, papá. Adiós.

Él le lanzó una mirada furibunda.

—Si lo quieres así, ¡vete al infierno! Pero olvida para siempre que tienes un padre.

—Nunca lo tuve, papá.

* * *

—Estamos muy contentos contigo, Peter.

Fletcher sonrió.

—Gracias, señor Bebler. Y perdóneme por lo de la otra noche. Perdí estúpidamente los estribos.

—No tiene importancia. Pero dime, ¿qué ha podido ocurrirte para que cambies de esa manera?

La sonrisa se amplió en la boca del ingeniero.

—Me he dado cuenta de que el juego es una estupidez, señor Bebler, al menos para hombres como yo. Me pagan ustedes bastante bien, pero yo

albergaba la esperanza de montar una emisora privada en mi pueblo.

—¿De dónde eres?

—De Rushville, en el estado de Indiana. Hay mucho dinero a ganar allí, señor Bebler. Una emisora trabajaría a pleno rendimiento durante la prueba de carreras de coche en Indiana polis.

—Es cierto.

—Por culpa del juego, me he empeñado en estos últimos tiempos. Y estoy avergonzado. Ahora voy a ahorrar. Por las noches, me paseo por la ciudad durante un par de horas, sin entrar en ningún casino, regresando luego al hotel.

—¡Magnífico! Me alegra que hayas cambiado, Peter. Hablaré con el señor Hattaway... y veremos si podemos aumentar tu sueldo. ¡Me gusta que, el día de mañana, tengas tu propia emisora! Además, a dos pasos de Indianápolis, ¿quién sabe si seguiremos trabajando juntos?

—Eso espero, señor.

Una vez solo, Fletcher siguió ocupándose de sus complejos aparatos electrónicos, pero su mente vagaba por otra dimensión.

Pensaba en Pancho.

No había mentido a Charles al decirle que había dejado de jugar. Después de haber ganado varias veces, comprendió a tiempo que la suerte iba a volverle la espalda, siguiendo los consejos del mejicano, abandonó las mesas de los casinos.

Pancho había hecho lo mismo.

Desde el instante en que Peter le explicó con detalle la misión que desempeñaba, Pancho comprendió que el azar le había puesto en posición de poder ayudar a los Kimbell.

—Nunca imaginé, ni podía hacerlo —le dijo a Fletcher—que las cosas fueran tan sucias. ¡Ahora comprendo que podáis hacer que gane el caballo que lleve menos apuestas sobre él!

—Es sumamente sencillo. Como acabo de explicarte, los *jockeys* que trabajan para nosotros llevan un receptor minúsculo, un circuito miniaturizado, que he fabricado yo mismo y que tiene la forma exacta de uno de los botones de su blusa de colores. Justo antes de la salida, esos *jockeys* introducen en su oreja izquierda, no olvides que cuando corren muestran al público su perfil derecho, un pequeño auricular que va unido por un hilo, prácticamente invisible, al receptor.

—Entiendo.

—El señor Wilson, presente en el hipódromo, ocupa una de las cabinas destinadas a los corresponsales de Prensa, de Radio y de Televisión. Lleva un aparato potente, capaz de emitir mensajes que llegan hasta aquí, hasta Las Vegas.

—Y está en comunicación con los *jockeys*, ¿no es verdad?

—Sí. Yo le doy, por radio, el estado de las apuestas que se hacen en la sala especial. Y él deja que los caballos que se suponen van a ganar tomen la delantera. En los últimos instantes de la carrera, Wilson da las instrucciones finales, y el caballo que hemos decidido que gane, se adelanta, venciendo la prueba.

Pancho movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Es increíble! ¿Y las apuestas del hipódromo?

—No nos interesan. Desde que Bebler se le ocurrió lo de la sala especial, es de allí de donde obtienen las más sabrosas ganancias.

—Pero, ¿no se desalientan los apostantes de esa sala especial al darse cuenta de que pierden siempre?

Peter sonrió.

—Se ve que no conoces las martingalas de Las Vegas, Pancho. Todos los sistemas de juego, incluida la sala especial, trabajan de igual manera. Lo que interesan son los porcentajes mensuales. Los dueños del casino pueden «permitir que ciertas mesas pierdan, incluso cantidades grandes. ¿Qué puede importar que, por ejemplo, «pierdan» dos mesas si el resto gana?

—Comprendo.

—Igual pasa en la sala especial. Si las apuestas están muy repartidas, se puede permitir que gane un apostante, ya que la suma ingresada supera a lo que se le paga. Pero cuando hay un caballo «supercargado», no se le deja ganar nunca, especialmente si su par es grande.

—¿Qué quieres decir?

—Que si un caballo está, por ejemplo, doce a uno, eso supone que el apostante, en caso de que el caballo gane, cobrará doce veces lo apostado. ¡Imagina lo que cobraría uno de esos locos magnates que apuestan hasta cien mil dólares de golpe!

—Es inaudito.

Peter bajó el tono de su voz.

—Por eso quieren que tu patrón venga a la sala especial. Van a dejar ganar a vuestro caballo en el Gran Premio de Richmond, pero perderá en Boston el mes que viene. Si tu jefe viene a Las Vegas, apostará hasta su último centavo por su caballo. Especialmente porque «Relámpago», el único adversario de peso de «Ganador», no correrá en Boston.

—Son muy listos.

—Lo arruinarán, Pancho. Van a destrozarle.

—No si nosotros intervenimos.

Peter miró con fijeza al mejicano.

—Me jugaré el puesto, amigo —dijo.

—Lo sé, pero ya sabes lo que te he prometido. Tu viejo sueño se convertirá en realidad. ¡Tendrás una flamante emisora en tu pueblo!

—No es eso todo...

—¿Qué intentas decir?

—Intentarán matarme, Pancho. Tú no conoces este ambiente. Si les hago perder una fortuna, acabaré enterrado en cualquier parte del desierto de Nevada.

—¿Crees que voy a permitir que te hagan daño? No me separaré de ti, Peter. Y cuando haya terminado la carrera, estaré a tu lado.

—Ni siquiera juntos podremos nada contra los matones del Royal.

—¿Y quién te ha dicho que estaremos solos? Deja eso para mí, Peter. Ardo de impaciencia por hacer una gorrinada a esos granujas. La merecen, ¿no?

Fletcher sonrió.

—¡Claro que la merecen, mejicano del diablo! Cuenta conmigo.

—Lo sabía, «mano».

* * *

—¡Más champán, amigos! ¡Hay que celebrarlo!

El amplio comedor del rancho estaba lleno. Robert había invitado a sus viejos amigos, los granjeros de la región.

El padre de Luther rebosaba orgullo por todos los poros de su cuerpo.

—¡Quinientos mil dólares! —exclamó gozoso—. Esos fueron los montones de billetes que me pagaron en Richmond. Las apuestas sobre «Ganador» se habían cerrado a diez a uno.

—¡Un buen bocado! —dijo uno de los presentes.

—Lo que mi hijo necesita para convertir nuestras instalaciones en las mejores del Estado y seguramente de toda la costa Oeste.

—Espero, padre —dijo Luther con una sonrisa—, que no sigas, apostando cada vez con ese ímpetu.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a dudar de «Winner»? He comprado un vehículo especial con el que lo hemos traído desde Richmond. ¡Una verdadera maravilla! Solo le falta un cuarto de baño.

—El animal lo merece —apuntó otro de los invitados.

—Y el *jockey*. ¡Ahí le tenéis, amigos! Di algo, Alfred... Tú hiciste posible la victoria de nuestro caballo.

Cunning se levantó de su silla en la que se había colocado algunos almohadones para que llegase a la mesa.

—No es mérito mío, señor Kimbell —dijo—. Con un animal como «Ganador», cualquier *jockey* hubiera llegado el primero a la meta.

—¡Bien dicho, Alfred! Sin embargo, nosotros sabemos con qué maestría le llevaste al triunfo. ¡Te has merecido los cincuenta mil dólares que te he dado como premio!

Un criado penetró silenciosamente en el comedor, acercándose a

Luther, al que dijo unas palabras al oído.

Pálido, el joven se puso de pie.

—Perdonen... —dijo alejándose de la mesa.

Le dominaba la emoción mientras se dirigía, con paso rápido hacia el vestíbulo. Cuando atravesó la puerta y vio a Catherine ante él, no pudo reprimir la emoción.

—¡Querida!

Ella se abalanzó hacia él, acogiéndose a los brazos abiertos de Luther, quien la estrechó con fuerza.

—¿Qué ha ocurrido, Cathy?

—Lo que debía ocurrir. He dejado a mí padre.

—Comprendo.

—Si me lo permites, pasaré aquí un par de días.

—¡Qué cosas dices! Yo pensaba que venías para quedarte... para siempre.

Ella le sonrió.

—No ahora, querido. Me voy a Atlanta, a la Universidad. Quiero ser profesora de Literatura inglesa. Ya lo sabes.

—Te acompañaré.

—Encantada. Pero quiero decirte, Luther, que no saldré de allí hasta haber acabado mis estudios, dentro de tres años.

—¿Y qué? Iré a verte lo más a menudo que pueda. Además, por qué no nos casamos enseguida, Cathy.

—No sería práctico, cariño. Compréndelo. Si llegase un niño, y yo deseo tener muchos, tendría que interrumpir mis estudios. No, es mejor así. Sabes que te quiero y que deseo que seas mi marido.

CAPÍTULO VII

—El problema —dijo Paul Moore—, es hacer venir aquí a ese puerco de vaquero.

—Yo me encargo, señor Moore —dijo Charles—. Podríamos invitarle a que asistiese a la carrera de Dallas. Es una prueba de segunda categoría, pero así podría conocer nuestra sala especial.

—Kimbell es un viejo zorro —advirtió Paul.

—Vendrá —insistió Charles.

—Está bien. Y cambiando de tema, ¿cómo te va con Dorothy?

El rostro de Bebler se iluminó.

—Si me permite decirlo, señor, he salido ganando. No hay comparación posible. Dorothy es la mujer más encantadora que he conocido jamás.

—¡Has tenido suerte de que no estuviese comprometida!

—Mucha, suerte, señor. Es cierto.

—Dorothy ha heredado toda mi sangre, hijo. Es como yo: impetuosa, ambiciosa —se echó a reír—. ¡Tendrás que ganar mucho dinero para satisfacer sus caprichos!

—Me gusta que sea así.

—Mejor que mejor.

Hizo una pausa; luego:

—¿Has preparado ya el plan para Boston?

—Todo está en marcha, señor Moore. Además, como ya le dije el otro día, Peter ha cambiado. Se ha vuelto eficiente y serio. Ya no pierde las noches en el casino.

—¿Le comunicaste el aumento?

—Sí, se puso loco de contento. Sueña con esa emisora suya. Paul sonrió cínicamente.

—Tendrá que empezar a olvidar. Me comprendes, ¿verdad?

—Sí.

—Un hombre como él no puede salir de Las Vegas. Sabe demasiadas cosas, y si se fuera de la lengua, los federales y los del Tesoro se nos echarían encima como cuervos.

—Entiendo.

—Espero que no se ponga demasiado pesado. Está ahorrando, ¿verdad?

—¡Como un loco!

—Intervendremos a tiempo. Hay un punto débil en todos los hombres, Charly: las mujeres. Enviaremos, en el momento oportuno, a una de nuestras mejores chicas. Algo especial, despampanante. Una de esas

muchachas inteligentes que sea capaz de volverle loco. Y cuando lo haya conquistado, haremos que le lleve de nuevo ante las mesas del casino, hasta que lo pierda todo y olvide, definitivamente, su sueño.

—Tiene usted razón, señor.

* * *

El coche, un Pontiac de segunda mano que había comprado en Las Vegas, pasó bajo el portalón del rancho. Con mano segura, Pancho lo condujo hacia los edificios de la Sección Técnica de la explotación.

Bajando del vehículo, el mejicano penetró en el edificio, dirigiéndose directamente al despacho de Luther.

Entró sin llamar, una sonrisa abierta en su boca.

—¡Hola, sabio! —lanzó cerrando la puerta tras él.

Luther alzó la cabeza, sonriendo a su vez.

—¡Gracias sean dadas al Señor! —exclamó—. ¡El hijo pródigo regresa al hogar! Y supongo, que sin un centavo.

—Te equivocas, mal adivino —dijo el otro estrechando calurosamente la mano que el otro le tendía—. Regreso con ciento ochenta mil dólares más de los que tenía al salir de aquí.

—¡No digas que has ganado en el juego!

—He ganado en todo, Luther. ¿Y tu padre?

—¿Dónde quieres que esté? Entrenando al caballo.

—Lo suponía.

Se sentó en el borde de la mesa, y tras haber encendido un cigarrillo.

—He preferido venir a hablar antes contigo, amigo. Y hasta creo que será mucho mejor que tu padre ignore, por el momento, lo que se está tramando contra él.

—¿Qué dices?

Pancho empezó a hablar, despacio, sin olvidar ningún detalle. Empezó por el principio, partiendo de su casual encuentro con Peter Fletcher.

La expresión de Luther, a medida de que el otro avanzaba en su relato, fue ensombreciéndose.

—¡Increíble! —exclamó cuando Pancho terminó de hablar—. Si mi padre se entera de que ha ganado porque esos granujas así lo quisieron, ¡le daría un infarto!

—Eso ya no interesa, amigo. Lo que importa es «seguir» la corriente a esos pillos.

—Pero, ¿estás seguro de que todo saldrá bien?

—Por completo. Lógicamente, cuento con tu ayuda.

—Sabes que la tienes.

—¿No tengo razón al decir que tu padre debe ignorar lo que va a pasar?

Luther reflexionó unos instantes.

—Sí, creo que es lo mejor. Si dijésemos la verdad a padre, sería capaz de correr a Las Vegas y partir la cara a Moore.

—Lo suponía. No creo que tarde, según me ha dicho Peter, en enviar una primera invitación, de forma que tu padre conozca la sala especial.

Luther permaneció unos instantes en silencio.

—¡Cielos! —exclamó luego—. De no haber sido por ti, mi padre habría caído en una trampa mortal.

—No nos quejemos de la suerte —sonrió el mejicano—.

Por ahora, está de nuestro lado. Y hablando de Las Vegas. ¿Qué hay de Cathy?

—Es cierto, tú no sabes nada. Dejó a su padre y vino aquí. La acompañé hasta Atlanta. Ha ingresado en la Universidad.

Pancho se echó a reír.

—¡Y yo venía al rancho creyendo que iba a haber boda de un momento a otro!

—No seas ganso. La habrá.

—Eso espero.

—¿Y tú? —le increpó Luther—. ¿O es que te has afiliado al «Sinsolin»?

—¿Qué demonios es eso?

—El Sindicato de Solteros Inconsolables.

—¡Vete a paseo!

* * *

—Voy a daros una noticia —dijo Robert en la mesa—. He recibido una invitación, del Royal de Las Vegas, para que visite algo, relacionado con caballos y que dicen será una agradable sorpresa.

Lanzó una mirada hacia Pancho.

—Tú has pasado un buen montón de tiempo allí, Pancho. ¿Qué opinas?

El mejicano se puso tenso. Notó, sin dejar de mirar al dueño del rancho, que el pequeño *jockey* tenía sus ojos clavados en él.

—No he estado nunca en el Royal —contestó con prudencia—. Conozco, eso así, la mayor parte de los casinos de la ciudad. Y guardo buen recuerdo de todos ellos, ya que conseguí ganar casi siempre.

—¿Y dices que no estuviste nunca en el Royal?

—Demasiado lujoso para un mejicano —rio Pancho.

Había hablado a Luther de la complicidad del *jockey*, pero le rogó que, por nada del mundo, despertase las sospechas de aquel hombrecito qué, sin ninguna duda, jugaba con las cartas marcadas.

Alfred, inclinado sobre el plato, apenas si intervino en la conversación. Pero no dejaba de pensar en el mejicano. Por un lado, el que Pancho fuera hijo del viejo al que prometió ayudar a raptar, despertaba en él la cólera y

la decepción que su fracaso le produjeron.

Por otra parte, y sin que ninguno de los dos jóvenes se percatasen de ello, había sorprendido algunas miradas de connivencia entre el hijo del dueño y el mejicano.

Por eso, después de la comida y como no había entrenamiento por la tarde, cogió el Land Rover, cuyo asiento había sido modificado para que pudiera conducirlo, dirigiéndose a toda velocidad hacia el poblado de Tonopah.

Una vez allí, informó a Charles, por teléfono, de todo lo que había escuchado y de lo que intuitivamente sospechaba.

* * *

Desde el mismo momento en que prometió a Pancho una colaboración para impedir los manejos del Royal contra Robert Kimbell, Peter, analizando lo que podía pasar, no se hacía ilusiones algunas.

Confiaba en su amigo mejicano, en el que tenía una gran fe, pero conocía lo suficientemente bien a la pandilla de granujas de aquel hotel-casino como para prever que la partida iba a ser diabólicamente dura.

Hombre inteligente, Fletcher quiso curarse en salud, instalando en su cuadro de mando las derivaciones de todos los teléfonos de los «jefazos». Y manifestando que deseaba mejorar la red de comunicaciones —Paul Moore había exigido poder seguir desde su piso las incidencias de la sala especial—, instaló lo que el jefe supremo deseaba, pero al mismo tiempo colocó micrófonos en el *penthouse* pudiendo así escuchar, cuando lo desease, lo que allí se hablara.

No tardó en recoger los frutos de su astuta maniobra.

Una semana después de la marcha de Pancho, ya casi en la madrugada, Peter pudo escuchar una interesante conversación que Paul Moore y Charles Bebler estaban manteniendo en el piso del primero.

—Hoy me ha llamado Alfred —decía Charles—. Quiere que investiguemos lo que ha estado haciendo por aquí un mejicano llamado Pancho Gómez.

—¿Del rancho de Kimbell?

—Sí.

—¿Vino al Royal?

—Creo que no. Y eso es precisamente lo que me extraña. Pasar un cierto tiempo en Las Vegas, sin venir a nuestro establecimiento, es algo raro. ¿No le parece?

—Desde luego. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a hablar con los responsables de los otros casinos. Ellos me contarán las idas y venidas de ese «cholo».

—¿Crees que Kimbell sospecha algo?

—No. Si tal cosa ocurriera, Alfred me lo habría dicho. Pero de todos modos, tenemos que curarnos en salud.

—Me parece perfecto.

Peter se sintió inquieto.

Conocía la amistad que reinaba entre todos los dueños de garitos de Las Vegas, siempre dispuestos a ayudarse los unos a los otros ante cualquier situación de emergencia.

No, no le iba a ser posible permanecer allí hasta que la carrera de Boston tuviera lugar.

Le fue imposible conseguir dormir aquella noche.

Si tenía que irse, huyendo de una muerte cierta, no podría ayudar a los amigos de Pancho, aunque pensaba que avisándoles a tiempo podría evitar la ruina del señor Kimbell.

Estaba desesperado.

* * *

A la mañana siguiente, bastante temprano, Charles penetró en el lujoso piso de Moore. Tuvo que esperar, nervioso, a que Paul se levantara; pero nada más apareció ante él, envuelto en una elegante bata de seda. Bebler fue directamente al asunto.

—Ya no hay duda —dijo—. He hablado con los empleados y dueños de media docena de casinos. El mejicano y Fletcher iban juntos, como excelentes amigos.

—¡Malditos! Eso quiere decir que se han puesto de acuerdo, y que Peter piensa hacernos una mala jugada.

—A esa misma conclusión he llegado yo, señor. Por eso, esta misma noche, he llamado al señor Wilson.

—¿Para qué?

—Pidiéndole que busquen a un ingeniero. Nueva York está llena de tipos tan capaces como Fletcher... o más.

—¡Bien hecho, muchacho! Ajustaremos las cuentas a ese perro.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Enviaremos a su cuarto a un grupo de los nuestros. Se lo llevarán en un coche, al desierto. Y ya no volverá a saberse más de él.

Charles esbozó una sonrisa.

—No todo son malas noticias, señor. Kimbell ha llamado, aceptando la invitación.

El rostro de Paul se ensombreció un tanto.

—No sé —dijo con tono dubitativo—. Si ese canalla de Fletcher se ha ido de la lengua con el mejicano, lo que es seguro, el «cholo» puede haber ido con el cuento a su patrón.

—No lo creo.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Cunning. El *jockey* come con ellos y oye todo lo que dicen. Alfred me ha informado que Robert está como loco con su caballo, y ni siquiera su hijo se atreve a contradecirle.

—Entiendo. En ese caso, las cosas están claras: el mejicano ha debido hablar al hijo de Kimbell. Y son ellos dos los que han forjado el plan, con ayuda de Peter, para hacer fracasar nuestros proyectos. ¡Están listos! El nuevo ingeniero se hará cargo de las trasmisiones y todo seguirá su curso normal. No puedes imaginarte lo que voy a gozar cuando vea que ese vaquero asqueroso pierde hasta el último centavo.

* * *

El coche, un viejo Ford destartalado, modelo 1965, se detuvo, jadeante, ante los flamantes edificios de la Empresa Kimbell. Cubierto de polvo, con ojeras y muestras de evidente cansancio, había conducido sin parar desde que salió de Las Vegas, Peter Fletcher se dirigió hacia la entrada del edificio principal.

Una vez en el amplio vestíbulo, avanzó hacia el mostrador tras el que había una linda recepcionista.

—¿Qué puedo hacer por usted? —inquirió la joven.

—Busco al señor Pancho Gómez.

—¿A quién tengo que anunciarle.

—¿Está aquí?

—Sí. Está reunido con el señor Kimbell júnior. ¿Su nombre, por favor?

—Peter Fletcher.

—Un momento.

Casi inmediatamente después que la recepcionista utilizara el interfono, Pancho penetró en el vestíbulo, avanzando velozmente hacia Fletcher.

El rostro del mejicano enarbolaba una expresión de sincera e inquieta sorpresa.

—¡Peter! ¡Vamos, pasa conmigo!

No hizo una sola pregunta hasta que, tras haberle presentado a Luther, estuvieron los tres sentados en el despacho de este.

—¿Qué ha ocurrido, Peter? —inquirió Pancho—. ¿Has tenido que salir corriendo de allá?

Fletcher explicó lo ocurrido, desde que había podido instalar los micrófonos en el *penthouse* de Moore, repitiendo exactamente lo que había oído desde su centro de trasmisiones.

—¡Maldita sea! —exclamó el mejicano—. Has hecho bien en venir, Peter. Si te descuidas un poco, te «pelan».

—Así es.

—Fuimos unos estúpidos al tomarles por tontos. Nos exhibimos en todos los casinos. ¡Qué idiotez, Dios mío! No sabes lo que me habría apenado que algo malo te ocurriera.

—Ya estoy fuera de su alcance —sonrió el ingeniero—.

Pero nuestro plan primitivo se ha ido al agua. Yo creo —añadió mirando a Luther—, que deberían ustedes avisar al señor Kimbell.

—No veo otra solución —dijo tristemente Luther.

—¡Un momento! —intervino Pancho—. Todavía no hemos perdido la partida.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Luther.

—Sí, creo que sí... —murmuró Pancho como si hablase consigo mismo —. Puede pareceros una idea descabellada, pero es la única salida que nos queda. Veréis...

Y empezó a hablar.

* * *

Al salir de la sala especial, en la que se había divertido de lo lindo, Robert Kimbell fue tratado como invitado especial por Paul Moore y su camarilla.

Moore y Kimbell no se estrecharon la mano, pero se contemplaron mutuamente, con una idéntica sonrisa irónica en los labios.

—Me gusta lo que has montado aquí —dijo Robert mirando con fijeza al criador de caballos—. Vales para eso, Paul. En cierto modo, yo también soy jugador, aunque pertenezcamos a clases diferentes. Y si piensas si vendré cuando se celebre la carrera de Boston, ¡es como si ya estuviese aquí!

—Me gusta tu coraje —dijo Moore con una sonrisa burlona.

—No cantes victoria tan pronto —repuso Robert—. Pienso apostar cuanto poseo...

—Así lo esperaba.

—Desde luego, pero no olvides que el asunto va entre tú y yo. Todo lo mío contra todo lo tuyo. ¿De acuerdo?

Moore vaciló unos instantes.

—Estaría de acuerdo si conociera la cifra total.

—Yo también. Calculando por encima, puedo disponer, el día de la apuesta, de quince millones de dólares. Si igualas esa cantidad, aceptaré.

Notó, con satisfacción, que el otro había palidecido un tanto pero, reponiéndose enseguida.

—Igualaré la cantidad.

—Antes de la apuesta, no lo olvides. Mañana enviaré a Las Vegas a mis abogados y asesores. Traerán una relación total de mis bienes muebles e inmuebles, así como el importe de mis cuentas corrientes, el total hasta

llegar a la cantidad que hemos fijado. Y exigirán que tú hagas lo mismo.

—Bien.

Intervino Hattaway que, junto a Charles, hacía lo imposible por ocultar su alegría.

—¡Por favor, señores! No hay que acalorarse. Estamos entre caballeros...

—¿Ustedes creen? —le espetó Kimbell.

—Pues claro que sí. Ahora, debemos comer juntos...

—No. Yo regreso al rancho. Tengo que preocuparme por mí caballo, ya que va a ser él quien me proporcionará la inmensa satisfacción de arruinar a Paul Moore.

Salió de la estancia y después del hotel.

Moore esperó a que se hubiesen quedado solos. Entonces, inesperadamente, soltó una ruidosa carcajada.

—¡Ha caído en la trampa, el muy imbécil! —exclamó.

CAPÍTULO VIII

—¿Se puede? —preguntó Pancho tras golpear la puerta.

—¡Adelante!

El mejicano empujó la puerta, entrando en la habitación de Alfred. El *jockey* estaba tendido en la cama, vestido, y solo se había quitado las altas botas de montar para echarse.

—Buenos días —replicó el otro con voz seca.

—Espero no molestarte. Pero quería hablar contigo.

—¿De qué? —inquirió Cunning sentándose en el borde del lecho—. ¿Le ha ocurrido algo al caballo?

—¡Oh, no! «Ganador» se encuentra estupendamente bien. Soy yo quien lo está pasando mal, pero que muy mal...

Se había acercado al *jockey* y, bruscamente, sin que el otro supiera cómo lo había hecho, un largo cuchillo de montero apareció en la mano izquierda del mejicano.

—De veras que me encuentro mal —siguió diciendo Pancho—. Siempre me ocurre igual. Es una desgracia. Cada vez que me acerco a un hijo de perra y que no puedo, como sería mi gusto, rebanarle el cuello de un solo tajo, me pongo malo.

Alfred no dijo nada. Había palidecido y miraba, como hipnotizado, la ancha hoja del cuchillo.

—Empezaría —silbó Pancho entre dientes—, por cortarte las orejas. Así no podrías llevar el auricular que te pones en el hipódromo para recibir las órdenes de ese cerdo de Wilson... luego te cortaría las manos, esas manos de puerco que recibieron los cincuenta grandes que generosamente te dio el señor Kimbell, ignorando la clase de bicharraco que eres.

Acercó la punta del cuchillo al cuello del hombrecillo.

—Lo que no entiendo es cómo, encima, te crees tan inteligente como para jugar, al mismo tiempo, con dos barajas. Ahora, Alfred, no te queda más remedio que elegir: o trabajas para nosotros, honradamente, siendo compensado como mereces y haciendo, por supuesto, que «Winner» entre el primero en Boston... o sigues haciendo trampas y engañando a todo el mundo.

—Yo no quiero influir en tu decisión —dijo sonriendo y haciendo brillar el cuchillo en su mano—. Eres completamente libre de elegir.

Diminutas gotas de sudor perlaban el rostro del *jockey*. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y respiraba con visible dificultad.

—Estoy en un callejón sin salida —dijo con voz quejumbrosa—. Si me

quedo con vosotros, ellos me matarán. Y si sigo con ellos, tú me clavarás ese cuchillo.

Pancho dejó caer el arma al suelo.

—Lo habría hecho con mucho gusto, pero no quiero terminar mi vida entre rejas o morir ejecutado. Pero escucha bien, Alfred: si quieres que te diga la verdad, no tienes más que una salida, quedarte con nosotros. Faltan solamente doce días para la carrera, y en ese tiempo no podríamos adaptar a otro *jockey* a «Ganador». No soy tan tonto como para no haberme dado cuenta de que el caballo te aprecia y que eres un buen *jockey*. Pero si insistes en seguir obedeciendo órdenes de esa pandilla de granujas, te ataré a la silla de mi caballo, no demasiado fuerte, y haré que se tire al suelo contigo. Le tengo bien enseñado. Si se lo ordeno, te pateará las tripas hasta matarte. Luego diremos que fue un accidente... y aquí paz y después gloria.

Lanzó un hipócrita suspiro.

—Naturalmente, «Winner» no podrá correr en Boston, ya que tú habrás muerto.

—¿Y los otros? —inquirió Alfred con un hilo de voz—. Tú no los conoces, Pancho. Aunque me escondiera bajo tierra, me buscarían para ajustarme las cuentas.

—No podrán hacerte nada, amigo. Volverás al rancho con nosotros, para seguir cuidando y entrenando a «Winner». Presta oído Alfred. Mi patrón va a apostar un fortunón contra esa gentuza, concretamente contra Paul Moore. Nosotros no nos chupamos el dedo, muchacho. Ese cretino criador de caballos, a pesar de lo que presume, no posee los quince millones que va a apostar.

—Pero los puede tener con la ayuda de los otros.

—¡Ahí está lo bueno, amigo! Ya te he dicho que no nos chupamos el dedo. Moore no es más que un accionista importante del Royal. Es cierto que posee las acciones de la mitad del hotel y del casino. Por eso tiene que pedir ayuda a sus compinches. Pero, aunque los otros le echen una mano, si pierden se va todo al garete. Se quedarán sin Royal, sin casino y sin sala especial. ¡Arruinados! ¿Está claro?

—Sí.

—Ya comprenderás que el golpe va a ser terrible.

—Se reharán. Los conozco muy bien, Pancho.

—¡No volverán a levantar cabeza! Porque después de la carrera, en el mismo instante en que entres triunfador con «Winner», miembros de la Comisión de Juegos de los Estados Unidos interceptarán a los caballos, a ciertos caballos, al mismo tiempo que agentes del FBI le echan la mano a Wilson. ¿Te imaginas lo que pasará?

—Sí.

—Descubierto el fraude, daremos tiempo a que el señor Kimbell haya

cobrado su apuesta, y denunciaremos, por medio de Peter Fletcher, la existencia de la sala especial. Y tus amigos, sin un centavo en el bolsillo para pagar fianzas y abogados, irán directamente a la cárcel.

—Me quitas un gran peso de encima.

—¡Debía hacerlo! Con ese peso, idiota, no podrías haber montado a «Ganador»!

* * *

—Es mi hijo Luther —dijo Robert.

Charles frunció el ceño, pero casi enseguida volvió a sonreír.

—Las investigaciones son estrictamente personales, señor Kimbell —dijo—, pero haremos una excepción en este caso.

—Es usted muy amable.

—Pasen, por favor.

La sala especial estaba casi completamente llena. A pesar de haber querido guardar celosamente el secreto, la fabulosa apuesta había llamado la atención de mucha gente, y la asistencia a la sala especial se vio incrementada no solamente por el interés habitual que despertaban las carreras, sino porque aquella vez, la primera en Las Vegas, iban a estar sobre el tapete treinta millones de dólares.

La llegada de Kimbell despertó la natural expectación, y los rumores de las voces continuaron hasta que Charles, sentado en su alta tribuna, rogó, a través de los altavoces, que se hiciera el silencio.

Sabiendo que su padre no disponía de más seguridad que su fe inquebrantable en «Ganador», Luther era el único de los dos que lo estaba pasando mal.

Habían pensado en todo, repasando con minuciosidad casi obsesiva los detalles de la «operación». Peter estaba en Boston adonde docena de mejicanos que Luther destacó allá... «por si las moscas».

Otros quince forajidos mejicanos, armados hasta los dientes, disimuladas sus armas bajo vistosos trajes, se encontraban, en compañía de Pancho, en el casino Royal, dispuestos a intervenir si las circunstancias lo exigían.

No podían fiarse de Moore y su pandilla de granujas.

Finalmente, habiéndose descorrido las cortinas y aparecido la gigantesca pantalla de televisión, se anunció seguidamente la primera carrera.

* * *

Ante otro lujoso televisor, que ocupaba la totalidad de un panel en el salón de su *penthouse,* Paul Moore, sentado en un cómodo sillón, al lado

del que ocupaba Fred Hattaway, mordisqueaba nerviosamente su habano que se movía de forma desacompasada entre sus labios.

—Estás muy nervioso, Paul —dijo Fred mirando a su socio.

—Lo siento —repuso Moore con una cierta acritud en la voz—, pero yo no soy como tú: un jugador frío con cara de póquer. Me complace la emoción y hasta saco un cierto placer de mi propia inquietud.

—No puede haber emoción en un juego que está ganado de antemano. Tenemos todos los ases en nuestro poder. Las comunicaciones con Boston son perfectas.

—¿Has hablado con el nuevo ingeniero?

—Sí. Es mucho mejor que el traidor de Fletcher. Y hablando de ese bastardo: en cuanto terminemos esto, vamos a gastarnos lo que nos pidan para que un asesino profesional lo liquide.

—Me parece muy bien.

Se estaba corriendo la cuarta carrera. Además de la televisión, Moore había hecho instalar en el salón un altavoz que les permitía oír las instrucciones del ingeniero, que este enviaba a Lionel W. Wilson y las respuestas que Wilson daba desde el hipódromo de Boston.

Se anunció la quinta y última carrera.

Pasearon los caballos por delante de las tribunas, yendo luego a ocupar sus respectivos puestos en los *boxes* del carro de salida.

—¡Ahí van! —exclamó bruscamente la voz del locutor—. Casi enseguida, empiezan a destacarse «Wolf», en primer lugar, seguido de cerca por «Lady Tower», quien lleva detrás a «Buster» y, en cuarto lugar, a «Winner», quien ganó limpiamente el Premio Nacional de Richmond...

Las cámaras móviles captaban las incidencias del vertiginoso avance de los caballos. De vez en cuando, la instalada en el helicóptero, ofrecía hermosas panorámicas de la carrera a vista de pájaro.

—En cuanto se refiere a las apuestas —siguió diciendo el locutor—, se empezó con una fuerte presión sobre «Winner», pero al correrse la voz de que «Ganador» no estaba en muy buena forma, las apuestas se dirigieron hacia «Wolf» que, por el momento, está demostrando su indudable clase.

Nada ocurrió durante la primera vuelta, pero apenas empezada la segunda y última, se oyó la voz grave de Wilson que ordenaba al *jockey* de «Winner» que ganara puestos inmediatamente.

Al llegar a la curva, «Ganador» empezó a destacarse, pasando con facilidad a «Buster» y a «Lady Tower», ganando velozmente terreno y acercándose a «Wolf».

—¡Es un animal magnífico! —exclamó Moore.

—No temas, Paul —le dijo Hattaway—. Pronto será nuestro. Al quedarse arruinado, ese idiota de Kimbell no tendrá más remedio que venderlo. ¡Y pagaremos el precio que sea!

—Mira, ya ha adelantado a «Wolf».

Una sonrisa irónica se pintó en los labios de Fred.

—Es natural. Hay que dar emoción a la carrera y, especialmente, a Robert, que debe estar loco de alegría al imaginarse que su caballo va a ganar. Pero al llegar a los trescientos metros de la meta, el *jockey* que monta a «Wolf» recibirá la orden de pasar en cabeza, aunque disimulará lo bastante como para ganar solo por medio cuerpo. Esas son las instrucciones que Wilson ha dado.

—¡Me hubiera gustado ver la cara que pondrá Robert cuando vea perder a «Winner»!

—Eso es lo de menos —dijo Fred con un tono despectivo—. Lo importante es ganar ese montón de dinero.

—¡Mira! ¡«Wolf» empieza a ganar terreno!

—Es natural.

Pero... «Winner» no cede ni un palmo. Ha vuelto a ponerse en cabeza.

Hattaway se mordió los labios.

La voz clara de Wilson brotó del altavoz.

—¿Qué demonios estás haciendo, Alfred? ¡Deja que el otro te adelante!

Poniéndose en pie, Moore se acercó, temblando, hasta casi tocar la pantalla con las trémulas manos.

—¡«Winner» sigue a la cabeza! ¡Va a llegar el primero! ¡No! ¡No! ¡Ha ganado...!

—¡Maldición! —rugió Fred a su espalda—. ¡Ese canalla de *jockey* nos ha traicionado!

Justo en aquel momento, el teléfono sonó. Descolgando el aparato, Fred lanzó:

—¿Diga?

—Soy yo, Bebler. Ya habrás visto que nos la han jugado.

—¡Haz que los muchachos intervengan! Que saquen a los Kimbell, que los engañen, aunque tengas que darles el cheque. ¡Que se los lleven al desierto!

—No podemos hacerlo, Fred.

—¿Por qué no?

—Hay un grupo de mejicanos a la puerta de la sala especial, gente de Kimbell. Si armamos jaleo, tendremos el *sheriff* de Las Vegas en el Royal en pocos minutos. Y se descubrirá todo...

Pálido como un muerto, Hattaway no dijo nada, dejando el aparato sobre su horquilla.

EPILOGO

Bajando del coche, Luther y Pancho se dirigieron a la Terminal aérea de Los Ángeles. Luther llevaba una maleta en la mano.

—Así, Príncipe Encantador —dijo el mejicano—, va a librar a la hermosa Princesa de los Dragones Profesores, ¿no?

—Cathy ha terminado sus estudios. Y va a llevarse una gran sorpresa cuando vea la escuela que papá ha hecho construir, y de la que será directora.

Pancho movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Cómo han cambiado las cosas! —dijo—. En estos años, todo ha dado la vuelta. Poseéis la más importante industria láctea del país. Los granujas fueron a prisión, pero tu padre se empeñó en ayudar a Moore.

—Tenía que hacerlo. Ni Cathy ni Dorothy eran responsables de las locuras de su padre.

—Entiendo. Gastó dinero para defender a Paul, pagó la fianza y le devolvió el rancho que había perdido en la apuesta.

—Paul ha cambiado —dijo Luther—. Ahora dirige un hermoso criadero de caballos de carreras... ¡sin trampa ni cartón!

—Es cierto. Mira si tu padre confía en él, que «Winner» está allí, con su *jockey* de siempre... ¡otro que ha elegido, el camino honrado!

—Es cierto. Y otro que se ha quedado con nosotros es ese pillo de Fletcher.

—¿Por qué le llamas pillo?

—Porque lo es. Ha conquistado a Dorothy, que prefiere ahora un marido inteligente a uno millonario.

—¡No creo que salga perdiendo en el cambio! Peter es un tipo formidable.

—Y un pillo, repito. Pronto se le olvidó su idea de crear una emisora en su pueblo, y se ha dedicado a organizar los establos con toda clase de cacharros electrónicos. ¡Pobres vacas! Si las cosas siguen así, van a terminar dando voltios en vez de leche.

Habían llegado a la entrada de pasajeros.

Luther se volvió hacia el mejicano.

—¿Y tú, Pancho? el mes que viene, van a celebrarse dos bodas: la de Peter y la mía. Yo esperaba que tú...

—¡Cuánto me gustaría decirte que te has equivocado de piso, amigo! Pero, desdichadamente para mí, también me ha picado ese bicho...

—¡Eh?

—Lo que oyes. Durante años, uno se cree un hombre listo, vacunado y revacunado contra ese microbio que los románticos como tú llamas amor. Y de repente, cuando uno no lo espera, ¡zas! ¡Para morirse! Empiezan los suspiros, los sueños. Por allí por dónde vas, no ves más que su rostro. ¡Una verdadera enfermedad!

—Pero... ¿quién es?

—La hija del nuevo capataz: Lolita.

—¡No tienes mal gusto, granuja!

—¿Eso crees? ¿Sigues pensando que somos nosotros los que elegimos? ¡Pobre iluso! Son ellas, amigo, las que preparan detenida y cuidadosamente la trampa. Y cuando menos lo piensas, estás cogido de tal forma que ya no puedes escapar.

—¡Mira que puedes ser cínico, Pancho!

Una voz, difundida por los altavoces, anunció el vuelo que debía tomar Luther. Este abrazó al mejicano.

—Entonces... ¿serán tres bodas?

—¡Qué remedio! —suspiró Pancho—. Así se ha hecho siempre: los fusilamientos en masa ahorran municiones... ¡Adiós, amigo!

F I N

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO. Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MAS ALLA DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA. Bab Fleming
20. LOS OJOS DE LA IGUANA. Curtis Garland
21. CERCA DE BABILONIA. Lou Carrigan
22. KALI, EL PIGMEO. Alex Simmons
23. SANGRE Y DIAMANTES. Alan Parker
24. ARENAS DE MUERTE. Lucky Marty
25. MADRUGADA FATAL. Rocco Sarto
26. PROVISIONALMENTE VIVO. Lou Carrigan
27. EL ALMA DE LA COBRA. Alex Simmons
28. LA MUERTE TOMABA EL SOL. Lucky Marty
29. ORO ROJO. Ronald Mortimer
30. DENTRO DEL VOLCÁN. Bab Fleming
31. MUJERES MUTANTES. Eric Sorenssen
32. ¡JIVARO! Alex Simmons

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

33 EN EL MAR GLACIAL. Bab Fleming

34 EL TESORO DE HITLER. Ronald Mortimer

35. JUGÁNDOSE LA PIEL. Lucky Marty

36. EL ÚLTIMO SAFARI. Alex Simmons

Si le interesan algunos de estos títulos, pídalos en su kiosco o librería habitual. En caso de no encontrarlos escriba a LIBRESA. Durán y Borrell, 24-26, Barcelona-23, remitiendo su importe en sellos o por medio de giro postal.

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España